

Para una ontología política de la fluidez social: el desbordamiento de los constructivismos

Towards a Political Ontology of Social Fluidity: the Overflowing of Constructivism

Fernando J. GARCÍA SELGAS

Universidad Complutense de Madrid
Facultad de CC. Políticas y Sociología
Departamento de Sociología V
Fgselgas@cps.ucm.es

*«Sólo existe el mar,
y se lleva la arena de la playa».*

Álvaro García Selgas

RESUMEN

El objetivo de este trabajo es mostrar que ya no son sostenibles algunos de los principales supuestos que alimentan a los constructivismos y a las guerras de la ciencia que se han tejido a su alrededor. En concreto se defiende la creciente preeminencia de una ontología de la fluidez social frente a las ontologías formalistas de los estructuralismos y a las sustancialistas de los esencialismos e individualismos. Esta preeminencia se presenta como resultado episódico de una serie de transformaciones histórico materiales y de ciertos deslizamientos conceptuales. Para poder afirmar que esto implica el desbordamiento de los constructivismos, se argumenta que el estado de fluidez social no elimina las posibilidades de resistencia y crítica social y que su naturaleza ontológica no le aleja sino que le inserta en nuestra experiencia histórica.

ABSTRACT

The present paper aims to show the impossibility to maintain some of the main suppositions feeding most constructivisms and the scientific wars around them. It is specifically claimed the growing prevalence of an ontology of social fluidity over the formalist ontologies of structuralism and the substantialist ontologies of essentialisms and individualisms. This prevalence is presented as an episodic outcome of a bunch of historic-material transformations and some cognitive slides. In order to state that this changes entail the overflow of constructivisms, it is argued that the state of social fluidity does not preclude the possibilities of social critic or resistance and that its ontological nature does not put it aside but inside our own historical experiences.

SUMARIO 1. Sobre la ontología de la fluidez social y su carácter episódico. 2. Procesos y resultados históricos de la fluidificación social. 3. Problemas suscitados por las fluidificaciones: resistencias y ontologías. 4. Deslizamientos y transiciones cognitivas: del movimiento a la fluidez. 5. El desbordamiento de los constructivismos. 6. Referencias bibliográficas.

La relación de este trabajo con la cuestión del constructivismo es indirecta porque su objetivo es abordar algunos de los supuestos y bases de las propuestas constructivistas o constructivistas, y esto sólo puede hacerse de modo indirecto. Si entramos de frente nos encontraremos en medio de una batalla totalizadora: o estás en el lado supuestamente progresista de los constructivistas o te encuadras en el supuesto conservadurismo de positivistas, esencialistas o realistas, que conforman las huestes enemigas (Hacking, 2001:11-2). No hay forma directa de afirmar que la disyuntiva, que en gran medida continúa la polémica moderna entre idealistas y materialistas y la medieval entre nominalistas y realistas, se apoya sobre bases que (ya) no son aceptables. Como ya señalara Wittgenstein (1988: \$398-450), en este tipo de disputas filosóficas o metateóricas, mientras unos hablan de formas de expresión otros creen estar constatando hechos incuestionables, a la vez que todos niegan con sus acciones lo que dicen de palabra, o viceversa. Y creo que ya ha llegado la hora de intentar una cierta coherencia o, al menos, de salirnos de los planteamientos cínicos, como los de quienes se declaran radicalmente antiesencialistas a la vez que esencializan su propio grupo, posición o interés.

Durante el siglo XX las propuestas constructivistas se han ido extendiendo por todas las ciencias sociales y humanas, de la Psicología a la Filosofía. Pero posiblemente, donde mejor acomodo hayan encontrado sea en la Sociología. No olvidemos que la poderosa tradición durkheimiana es bastante proclive a pasar de defender la autonomía de la realidad social y estudiar los mecanismos de su construcción y reproducción a hablar de la construcción social de la mente (frente al cognitivismo y el conductismo de la Psicología), de la construcción social del conocimiento científico (frente al racionalismo de la Epistemología), de la construcción social de la realidad (frente a las Metafísicas realistas), etc. La Escuela de Edimburgo y sus es-

tudios de la ciencia son un buen ejemplo de ello y de cómo lo que empieza siendo un desplazamiento en el conflicto de las disciplinas científicas termina convirtiéndose en la defensa de un constructivismo social generalizado y, yo diría, exagerado. A ello hay que añadir la buena acogida del constructivismo en planteamientos de raigambre fenomenológica (Berger y Luckman, *Etnometodología*), en propuestas postmarxistas (Baudrillard), en desarrollos de la teoría de sistemas (Luhmann), en metodologías postestructuralistas (J. Ibáñez), etc.

En sus versiones sociológicas, el constructivismo viene a afirmar que la realidad social no tiene necesidad de ser del modo en que ha sido o que actualmente es: la realidad social no es, en su forma presente o pasada, inevitable o natural, sino que es el resultado de la actividad humana (consciente o no, aleatoria o sistemática). A la vez afirma que el conocimiento o representación científica de la realidad social no es un mero reflejo verificable sino un elemento de su configuración que le marca pautas y límites. Ambas tesis pueden aceptarse, con más o menos matices. El problema empieza cuando queremos indagar en los procedimientos por los que se llevaría a cabo esa construcción y vemos que tienden a ser de orden simbólico o formal en la mayoría de los casos, o preguntamos quién realiza la construcción y aparece algún tipo de sujeto no construido y perfectamente real, o cuestionamos si hay límites a esa construcción y parece que no hay cosa alguna, humana o no humana, que se le resista. Aquí es donde se empiezan a evidenciar las graves consecuencias que lleva aparejado el constructivismo y que son paralelas al totalitarismo instalado en el positivismo y en el esencialismo, que él combate. Me refiero a que nos trae una especie de declaración de guerra civilizatoria (Latour, 2001:360) o metafísica (Hacking, 2001:107), que, como guerra de la ciencia que es, puede ser el último episodio de la lucha política por definir (do-

¹ Precisamente esta obra de J. Hacking (2001) representa, con desigual fortuna, otra forma factible de abordar el constructivismo, que también exige eliminar un ataque general o frontal y que consiste en considerar particularmente cada tesis constructivista (la construcción de qué), esto es, considerar en concreto la construcción social del género, de la enfermedad, del peligro, etc.

minar) la realidad². Esto explica que meter-nos de frente en las bases del constructivismo nos introduzca en un campo minado y que sea preferible el abordaje indirecto. Para ello profundizo en la reflexión sobre la ontología social como vía de acceso a la disputa ontológica subyacente al cuestionamiento del constructivismo. Espero que sea una forma apropiada, aunque no sea directa ni única, de colaborar en la superación del constructivismo, asumiéndolo y yendo más allá de él.

1. Sobre la ontología de la fluidez social y su carácter episódico

Cuando se oye hablar de ontología, sea cual sea el adjetivo que la cualifique y limite, hay quienes están dispuestos a sacar las pistolas de la prueba empírica o, menos agresivamente, se sienten profundamente ofendidos, pues ¿cómo es posible que tras el construccionismo racionalista kantiano, tras el construccionismo socio-histórico kuhniano y tras el desconstruccionismo fundamental discursivo de los postestructuralistas alguien se atreva a hablar del ser de las cosas, a hablar del ser en tanto que ser, del «ontos on», que es lo que en principio pretende la ontología? Otros más anclados en el pensamiento tradicional (pre-moderno) o situados en un confortable realismo ingenuo que aún retienen algunos de nuestros científicos, podrían quizá aceptar ese atrevimiento y esperarían que se hablara de algo así como de las cualidades primarias, inmutables o esenciales de las cosas –en este caso de las cosas sociales.

Sin embargo ambas reacciones quedan fuera de lugar desde el momento en que lo que, en primer lugar, abre nuestro camino y nos habilita para hablar de ontología no es la pretensión de dibujar el ser de las cosas sino el reconocimiento de que toda teoría científica contiene y supone un determinado modelo de aquello de lo que trata y el propósito de reflexionar sobre el modelo más conveniente actualmente en las teorías sociales.

Efectivamente, en este trabajo hay una apuesta por una modelización social concreta, aquella que lo presenta como una «realidad fluida». En este sentido es una apuesta por una ontología específica de nuestro presente –una apuesta por una ontología de la fluidez social (OFS)– que nos compromete con una modelización de la realidad social especialmente sensible a su naturaleza fluida. Por otro lado, lejos de pretender esbozar el ser social o de querer hablar de algún rasgo o esencia inmutable, afirmaré que la ontología social no es necesaria sino contingente. El primer compromiso es con la tesis de que la ontología social es histórica, esto es, que cambia profunda y radicalmente a lo largo de la historia. A este respecto me gustaría hacer dos puntualizaciones: **la fluidificación de lo social es un fenómeno histórico y, por ahora, sólo tendencial.**

Para ver la fluidificación de lo social hay distintas vías. Por ejemplo, determinadas visiones del desarrollo de las ciencias sociales y de cómo éstas se han visto afectadas por nuevas concepciones como la teoría del caos apuntan en esa dirección (Balandier, 1994). En un terreno todavía más abstracto encontramos otra vía, que parte de la ruptura de la oposición entre sujeto (o agente activo) y objeto (o elemento pasivo) del conocer, que se desarrolla entorno a la teoría del actor-red y que nos deja a las puertas de apreciar la fluidificación social (Law & Hassard, 1999). Sin embargo, y aunque más adelante aludamos a estas vías, partiré y me basaré en aquella que acentúa el carácter histórico, esto es, episódico y material, de la fluidificación social misma. Con ello espero eliminar algunos de los recelos que suscita el término «ontología».

En segundo lugar la fluidificación es sólo tendencialmente dominante. Es aquello que empieza a ser dominante, pero todavía no lo es del todo ni en todo lugar. Es el horizonte al que parecen caminar los principales operadores de la realidad social, aquel que, como dice Bauman (2000:219), «en el despliegue de una nueva normalidad impregna y satura

² «Conforme la modernidad ha ido desplegándose, la subjetividad y la objetividad se han ido convirtiendo en conceptos de resentimiento y venganza. Ya no es posible encontrar en ellos el menor rastro de su primitivo carácter liberador», dice acertadamente Latour (2001:353).

todo órgano, tejido y célula del cuerpo social». Por eso es inútil buscar la confirmación de esta propuesta en un mero recuento cuantitativo de hechos o datos estadísticos. A lo que hay que atender es a acontecimientos o más bien procesos significativamente relevantes y a la revisión de las categorías analíticas.

A las anteriores limitaciones hay que añadir el hecho de que el presente artículo es parte de una serie de trabajos¹ que le anteceden y a los que sirve de aclaración y continuación. Desde este punto, y en concreto desde los interrogantes que me han planteado algunos colegas², se establece su objetivo, que no es otro que facilitar el reconocimiento de una emergente ontología de la fluidez social y apuntar de qué manera ello implica dar un paso más allá del constructivismo al ver cómo éste queda desbordado, que no anulado, por la transmutación de los supuestos ontológicos que lo alimentaban.

De hecho puede decirse que este trabajo se ha organizado para mostrar la vigente inestabilidad (ontológica) de los distintos fenómenos sociales, subjetivos u objetivos. Especialmente si tenemos en cuenta que esta tesis sirve tanto para ese desbordamiento de los supuestos del constructivismo cuanto para argumentar que si hablar de ontología social me obliga a referirme a las condiciones, dinámicas y mecanismos intrínsecos del acontecer social, estas condiciones intrínsecas no tienen que ser ni inmutables ni necesarias³. Así, lo que aquí busco es hacer aceptable que las condiciones, mecanismos y dinámicas específicas de la vigente realidad social son más bien similares a las de los fluidos que

a las de los sólidos (como lo fuera en el *Ancient Regime*) o que al vaivén entre solidificación y desvanecimiento (como lo ha sido durante la modernidad). Es más, para evitar espejismos evolucionistas o progresistas, quizá habría que hablar del carácter episódico, más que histórico de la fluidificación social, pues atribuiré ésta a un espacio-tiempo específico, sin pretensión alguna de que pueda aplicarse a otros. Hablar de episódico ayuda, además, a evitar el error de ver el tiempo como una coordenada aislada por la que se deslizarían las transformaciones sociales, cuando el tiempo, o más bien las diferentes temporalidades, están siempre internamente ligadas a un espacio y, en su conjunción, son elementos constitutivos y resultado del despliegue de lo social.

En cualquier caso, espero que al rememorar los principales procesos históricos y semiótico-materiales que constituyen la genealogía del estado fluido de la ontología social logremos armarnos con elementos para no tener que asumir las consecuencias injustificadas del constructivismo (apoyo ciego al relativismo, por ejemplo) ni tener que perder sus importantes aportaciones (mostrarnos, por ejemplo, el lado contingente y político de lo que se nos quiere vender como «esencial» o «natural»).

2. Procesos y resultados históricos de la fluidificación social

Los procesos que han terminado produciendo la fluidificación de lo social son, en su

¹ Ver F. J. García Selgas 2002a y 2002b. En estos trabajos se daban tres pasos básicos. Se tomaba como punto de partida el análisis crítico de la propuesta de Castells sobre el modo en que las nuevas tecnologías han permitido la irrupción de un nuevo espacio-tiempo social (el espacio de los flujos y el tiempo atemporal, como él los denomina). En segundo lugar se comparaban las conclusiones alcanzadas en ese análisis con la dinámica específicamente moderna, esto es, con la dinámica constante de la disolución de todo lo sólido en el aire del valor de cambio y su posterior solidificación en alguna mercancía. De ello se extraía la propuesta de que nos encontramos ante la emergencia de una dinámica diferente y tendencialmente dominante, que en principio se presentaba como la tendencia hacia la fluidificación de la realidad social. Por último, para dar mayor consistencia a esta propuesta, se realizaban los siguientes desplazamientos: se insistía en una revisión de la relación entre las tecnologías –fundamentalmente las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación– y los cambios sociales; se resaltaba la multidimensionalidad y fluidez del espacio-tiempo social; y, finalmente, se marcaban los perfiles externos de la ontología emergente.

² Debo agradecer aquí los comentarios y sugerencias que me han hecho Ángel Gordo y Josetxo Berriain, y, muy especialmente, el exhaustivo análisis de mi propuesta realizado por Ignacio Sánchez de la Incera. Tampoco puedo olvidar las sugerencias de mis colegas del grupo de estudios GRESCO.

³ Pensar que tienen que serlo es más bien un prejuicio (metafísico) injustificado o una tesis que habría que probar independientemente. Tesis a la que precisamente se ha opuesto frontalmente el constructivismo.

mayoría, los mismos que aquellos que se identifican con el núcleo de la globalización o globalización. Así ocurre con el paso del capitalismo industrial o fordista al capitalismo financiero o de acumulación flexible; con la revolución tecnológica, fundamentalmente de las tecnologías de la información y la comunicación; y con el predominio, a veces casi totalitario, de la cultura mediático-virtual (cine, TV, Red). A ellos se unen otros procesos que, además de fluidificadores y globalizadores, vienen a desbaratar el juego de evanescencia y solidificación que habría caracterizado a la modernidad. Entre ellos yo destacaría el calentamiento global que, a la vez que produce graves transformaciones materiales del entorno, pone fin al desarrollismo moderno: la emancipación de la mujer, o mejor dicho de las múltiples formas de ser mujer, que ha resquebrajado el isomorfismo del sujeto social y que, unida a la aparición y despliegue de los nuevos movimientos sociales (de la contracultura de los 60-70 a los defensores de los derechos de los homosexuales y de aquí a los fundamentalismos y al polimorfo movimiento antiglobalización) o a los efectos perversos de procesos como la individuación o aislamiento de los individuos, ha producido la inestabilidad de las identidades y la fragmentación de las subjetividades: o el creciente predominio del valor signo en el capitalismo consumista e hiperreal, que desborda y altera profundamente la homogeneización impuesta, en última instancia, por el valor de cambio y su concreción en el dinero.

Son los resultados materiales de esos procesos y, por supuesto, las transformaciones teórico-visuales correspondientes lo que ha llevado a Castells a hablar de una emergente sociedad de redes y flujos, a Bauman a referirse a la «sociedad líquida» y a mí a postular la defensa y conveniencia de considerar la realidad social bajo el modelo ontológico de la fluidez.

Sería iluso y pretencioso querer resumir en unas pocas páginas procesos tan complejos y abiertos. Por ello me limitaré a traer a colación algunos hechos relevantes y bien conocidos que nos ayuden a reconocer que la interacción de esos procesos ha terminado fluidificando nuestra vida, desde sus principales dimensiones materiales (tiempo y espacio) o estructurales (regímenes de acumulación,

principios e instituciones de ordenación política, etc.) hasta los mecanismos íntimos de identidad o los recursos y posibilidades de resistencia y crítica. Con este objetivo y con el fin de no ser tendencioso me voy a dejar guiar por un autor que utiliza categorías, métodos y perspectivas clásicas en la modernidad. Hace más de una década que David Harvey argumentaba que a partir de 1973 la quiebra del régimen de acumulación fordista-keynesiano había inaugurado un periodo de cambios rápidos, de flujos e incertidumbres (1990:124).

Para apreciar la profundidad del cambio hay que recordar que el fordismo venía a culminar una de las aspiraciones centrales de la modernidad: el control racional de la producción. Al haber impuesto una determinada forma de práctica social, más que en un modelo de acumulación, industrialización y regulación, el fordismo se había convertido en modelo y ordenación de la experiencia vital. La factoría fordista, con la concertación laboral interna o estatalmente regulada, era el sueño del control racional de la producción y de la vida social y por ello era el referente tanto para los mentores del capitalismo como para los adalides del comunismo: «El fordismo fue la autoconciencia de la sociedad moderna en su fase "sólida", "pesada", "densa", o "inmóvil" y "enraizada"», dice Bauman (2000:57). El capital y los trabajadores quedaban ligados entre sí y dentro del espacio de la fábrica. A la vez que los papeles del Estado y de la sociedad civil quedaban claros y la trayectoria ascendente parecía diáfana.

Sin embargo, desde mediados de los sesenta, según se recuperaban las potencias perdedoras de la segunda guerra mundial y saturaban sus respectivos mercados, la racionalización fordista llegaba a tal nivel de «éxito» que hacía innecesarios a muchos trabajadores y las contradicciones se hacían insostenibles. La expresión más evidente y común de estas dificultades era, de 1965 a 1973, la rigidez. Los problemas de rigidez estaban, según Harvey (1990:142), en las inversiones de capital a largo plazo y a gran escala, que exigían un crecimiento constante en mercados inmóviles y homogéneos de consumidores; en los contratos y mercados de trabajo, atenazados por los aparentemente inamovibles poderes de la clase trabajadora; en los compromisos estatales con la satisfacción de los derechos sociales, que

sólo se cumplían a costa de dar a la máquina del dinero y producir inflación. Era como si el capitalismo hubiera pasado de ser sólido a quedarse rígido y en esa rigidez se hubiera visto quebrado por la aguda recesión de 1973 y la espectacular subida de los precios del petróleo.

No es por ello de extrañar que la recuperación capitalista se caracterizara por ser un régimen flexible: sólo la flexibilización del mercado laboral, de la producción y de las formas de consumo permitía, dentro de la lógica de acumulación de capital, la emergencia de sectores totalmente nuevos de producción, de servicios y de mercados y la posibilidad de una innovación tecnológica y comercial constante. Aquí es donde la revolución tecnológica ha jugado un papel fundamental, al permitir la compresión del espacio-tiempo y la comunicación prácticamente inmediata a través de todo el globo. Por ello es por lo que Harvey (1990:147) habla de «acumulación flexible». En este régimen la flexibilización laboral genera un desempleo estructural, que pone en movimiento, o más bien en danza, a los trabajadores y desbarbota el pilar sindical, mientras la flexibilización de capitales supone prácticamente su libre movilidad por todo el globo. Se han «roto las cadenas», pero no son las que esperaba la mayoría, sino las que contenían el libre fluir de los capitales. Eso no quiere decir que entremos en un capitalismo desorganizado, como han sugerido algunos, sino que se ha reorganizado mediante la movilidad geográfica, las respuestas flexibles y la innovación tecnológica e institucional. En concreto, señala Harvey (1990:159-160), hay dos mecanismos por los que se hace posible y se ejerce esa nueva forma de control: (i) el acceso y el manejo de la enorme cantidad de información actualizada y ajustada existente, esto es, el acceso y control de los flujos y medios de información; y (ii) la reorganización del mercado financiero mundial mediante el establecimiento de flujos constantes y la creación de instrumentos políticos, económicos y personales para agilizar y fluidificar la red financiera.

Estas transformaciones (fluidificaciones) están afectando prácticamente a todos los elementos y ámbitos de la realidad social. Pensemos, por ejemplo, en el Estado-nación. Tensionado entre los localismos y regionalismos pujantes y la consolidación de estructuras políticas superestatales (UE, NAFTA, OTAN, etc.) el Estado ve, además, cómo cada vez pierde más capacidad de control sobre los procesos económicos desarrollados en su territorio y cómo su conversión en promotor de la competitividad de este espacio le despoja de los recursos necesarios (el control de ciertas empresas ubicadas en espacios estratégicos, por ejemplo) para cumplir sus compromisos y alimentar así su legitimación.

Pero lo curioso es que la fluidificación afecta al dinero mismo, esto es, a la forma en que el valor aparece representado como dinero, afecta al capital que para Marx era el auténtico sujeto agente del capitalismo⁶. Aunque la función representacional del valor (de cambio) de las cosas que ha caracterizado al dinero nunca ha dejado de tener una cierta ambigüedad, el caso es que nunca hasta ahora el mundo había venido a confiar en formas inmateriales y absolutamente inestables de dinero. Cada una de las crisis del capitalismo moderno había volatilizado la referencia monetaria (recordemos la hiperinflación alemana de entreguerras) para posteriormente encontrar algún elemento sólido sobre el que volver a sustentarla. Pero precisamente es esta la dinámica que parece haberse quebrado con la fluidificación.

La marca de esta transformación puede estar en la ruptura del acuerdo de Bretton Woods, que deshacía la convertibilidad de los dólares americanos por oro, lo que nos dejaba sin medio estable de comercio mundial y nos instalaba en un sistema de «tipos de cambio flotantes» (Harvey, 1990:296). El caso es que a partir de 1973 el dinero ha sido «des-materializado» en el sentido de que no tiene una conexión formal o tangible con algún elemento material, sea una mercancía tangible (el oro, p.e.) o un espacio productivo específico (como

⁶ Incluso Harvey, que se mantiene a medio camino entre las visiones de la acumulación flexible como un cambio radical y las que lo perciben como un mero momento transicional en el capitalismo y por lo tanto admite la pervivencia de sistemas de producción fordistas y hasta tradicionales, tiene que reconocer los cambios profundos habidos en el ámbito financiero y en el marco espacio-temporal de las transacciones (Harvey, 1990:189-196).

había sido el de EE.UU.), y de que los índices de cambio entre las diferentes monedas se han hecho extremadamente volátiles y dependientes de la confianza (y la especulación) que se pone en uno u otro lugar, cuando a su vez la capacidad productiva de un lugar es algo tremendamente cambiante por estar sometido a la acumulación flexible⁷.

No es difícil ver, además, cómo todo esto puede crear una crisis más general de representación. El sistema central de valor, al que siempre ha apelado el capitalismo para validar y calibrar sus acciones, **se desmaterializa y está cambiando**, los horizontes temporales **colapsan**, y es difícil decir exactamente en qué espacio nos encontramos cuando se trata de evaluar las causas y efectos, los significados o los valores. (1990:298).

La relevancia de estas aseveraciones, que reconocen la fluidificación del dinero y del espacio-tiempo social —que me he permitido resaltar en negrita— más que en los hechos y argumentos que aducen, está en quien las enuncia, incontestable continuador del materialismo histórico (o de un materialismo histórico-geográfico, como Harvey prefiere denominarlo) y, por ello, alguien poco proclive al juego vaporoso de los postmodernismos, aunque muy consciente de la naturaleza contingente del espacio-tiempo social, esto es, de su dependencia de las prácticas materiales de reproducción social dominantes en cada momento (1990:204). De hecho Harvey ha sido uno de los primeros y más perspicuos analistas de lo que se ha llamado «la comprensión espacio-temporal», que sería uno de los efectos más evidentes del paso a la acumulación flexible y, especialmente, a la aceleración e interconexión espacial en la producción y en la organización que ésta conlleva. La idea es sencilla (1990:240-1), consiste en ver que según se han ido acelerando los desplazamientos y las comunicaciones, las barreras espaciales se superaban y el mundo se hacía más pequeño, como si se hubiera encogido o comprimido. Por ello decimos y sentimos que estamos en un mundo interdependiente e interconectado, como una «aldea global», en el que las diferencias horarias desaparecen con

la instantaneidad de las comunicaciones en tiempo real y con la imparable aceleración de los transportes, instalándose en una especie de presente continuo. Esta comprensión hace que el espacio-tiempo sea básicamente un espacio-tiempo de flujos por el que circulan a gran velocidad los capitales, las mercancías, las reestructuraciones productivas (la subcontratación, la externalización, el adelgazamiento industrial, el *just in-time*, etc.), la intensificación del trabajo y de la capacitación necesaria para realizarlo, etc. (1990:284-5). Por supuesto, todo este predominio de la aceleración, de lo efímero, y de las interconexiones forma parte de una profunda transformación material, estructural y personal de lo social que ahora recordaremos. Pero en sí mismo, en la centralidad que otorga a un espacio cada vez más reducido, genera un escenario novedoso y en cierto sentido paradójico: la disminución de las barreras espaciales, la globalización, lejos de eliminar las diferencias las reafirma, pues el flujo de capitales, mercancías, producciones, etc. hace que todo ello sea especialmente sensible a las especificidades de un lugar u otro dentro del continuum del globo. De ahí la necesidad de los lugares (países, áreas, ciudades, barrios, etc.) de hacerse atractivos a los flujos. De ahí la interconexión compleja y problemática, pero insoslayable, entre lo local y lo global. «El resultado ha sido la producción de fragmentación, inseguridad y desarrollo desigual y efímero dentro de un espacio económico global de flujos de capital altamente uniformado» (1990:296). Y sin un referente externo en el espacio o en el tiempo al que acudir parece que no hay otra opción que el acomodarse con más o menos elegancia y cinismo a esas desigualdades. Surge así, como parte de este escenario paradójico, una dificultad adicional para las prácticas e ideas transformadoras y emancipadoras, como bien nos recuerdan F. Jameson (1996: 64-72) o D. Harvey (1990:304-5).

Podemos apuntar otras dos fluidificaciones fundamentales —la de la barrera entre lo económico-material y lo cultural-simbólico y la de las identidades individuales o colecti-

⁷ Todo ello se vio acuciado por los procesos de inflación de los años 80, que todavía devaluaron más la capacidad del dinero para almacenar o incluso representar valor durante un cierto tiempo.

vas - si sabemos ver con Harvey que la comprensión del espacio-tiempo, que le convierte fundamentalmente en un espacio de flujos por el que circulan capitales, mercancías, incluye dos cambios importantes en el consumo: la movilización de la moda en los mercados de masas, que acelera todo tipo de consumos; y el paso del consumo de bienes al consumo de servicios, especialmente servicios efímeros de entretenimiento, cultura y diversión. La primera consecuencia importante de ello ha sido, según Harvey (1990:285), «el acentuar lo volátil y efímero de las modas, productos, técnicas de producción, procesos laborales, ideas e ideologías, valores y prácticas establecidas». La enorme valoración que reciben los consumos instantáneos (*fast food*) y los productos desechables es una manifestación patente de esta primacía de la volatilidad, del mismo modo que lo puede ser la dificultad creciente para comprometerse con proyectos a largo plazo (algo especialmente acuciante para los varones).

Para llegar a esa situación es necesaria toda una serie de mecanismos y tecnologías entre las que destaca la publicidad, que de medio de información ha pasado a convertirse en determinante de gustos y deseos, incluso en definidora de valores. La centralidad de las imágenes y los signos en este capitalismo fluidificador converge inmediatamente con la fluidificación o inestabilidad estructural del dinero, de la representación del valor que antes señalamos, ya que ésta se manifiesta también mediante el creciente predominio del valor de signo - esto es, del consumo conspicuo o representativo, el consumo de marcas, de imágenes, de lo que las mercancías representan o connotan - sobre el valor de cambio que el dinero da a las mercancías. Las propias corporaciones industriales y las instituciones públicas buscan establecer una imagen, un signo, de sus cualidades y de su poder, de un modo semejante a como los políticos pueblan su gabinete de asesores de imagen, mientras lo vacían de ideas y de arrojo. De este modo la inmaterialidad y volatilidad de lo simbólico se apodera del mundo social y económico, remarcando su estado efímero, fragmentario y fluido (Harvey, 1990:288-291).

Estos cambios afectan inmediatamente a los individuos, cuyos gustos, deseos, identifica-

ciones, etc. se ven sometidos a esos mismos procesos de fluidificación. Sus referentes y experiencias culturales, así como sus hábitos culinarios o sus gustos estéticos se convierten en meras posibilidades, en realidades vicarias o efímeras que pueden ser sustituidas por otras. La organización de la vida y de las identidades alrededor del consumo se guía por la seducción, por la comparación universal, por la construcción de deseos y su transformación en necesidades. Como en los estantes de un supermercado o en los habitáculos de un parque temático las experiencias y las opciones aparecen expuestas para su elección y disfrute. «Para que las posibilidades sigan siendo infinitas, dice Bauman (2000:62), no se puede permitir que ninguna se petrifique en una realidad permanente. Tendrían que estar más bien líquidas y fluidas y tener una fecha de caducidad. (...)». Un ejemplo claro donde apreciar estas transformaciones es el que nos recuerda este mismo autor (2000:77-8) cuando nos dice que mientras en la sociedad de productores se reconvienia a sus miembros a que tuvieran salud, esto es, el estado «propio y deseable» del cuerpo y del espíritu, que le permite realizar su papel, fundamentalmente trabajar, en la sociedades de consumidores estos son invitados a estar en forma (*fitness*), lo cual es un estado flexible e inalcanzable, que nos habilitaría para tener sensaciones aún no intentadas e imposibles de especificar. Mientras la salud se define por la dicotomía normativa y muy moderna, como mostraron Durkheim y Foucault, que separa lo normal de lo anormal o patológico, el estar-en-forma no puede ser circunscrito ni demarcado con claridad pues si apunta a algo apunta a un potencial de mejora y ajuste, que es relativo a las circunstancias y se calibra de manera subjetiva.

La transformación fluidificadora no afecta sólo a los individuos, es decir, a las identidades personales, también llega a las dos identidades colectivas que han sido los pilares de la acción social moderna: la burguesía y el proletariado. El desdibujamiento de la clase burguesa queda magistralmente recogido en el análisis que P. Anderson (1998:84-6) dedica a las transformaciones históricas que han generado el surgimiento de la cultura y de la sociedad postmodernas. Según este reconocido historiador británico, una de esas transfor-

maciones ha sido la desaparición del orden social dominante, cuyo último sostén y baluarte al final de la modernidad habría sido el predominio de la burguesía durante esas más de dos décadas de fría y feliz posguerra. Por ello nos habla de la desaparición de esa burguesía. Y allí nos dice que lo que ha desaparecido es «un escenario en el que los hombres aún llevaban sombrero».

En explícita alusión a las tesis de Weber, Anderson nos recuerda que la conjunción de valores y símbolos que constituían el espíritu del capitalismo moderno tenía una pieza clave en la confianza burguesa en «la dignidad moral de su vocación» (*ibid*) y en que la búsqueda de beneficio no era sino la manifestación de esa dignidad. Sin embargo, el entramado de procesos que hemos apuntado —especialmente las nuevas formas de acumulación de beneficios— fueron desdibujando y disgregando esa posición social, con su identidad colectiva, sus códigos y hábitos, que era la burguesía. Por ello, y a pesar de la persistencia marginal de algún núcleo burgués, más bien provinciano y a las puertas de su final (como parece estar ocurriendo con las familias del barrio bilbaíno de Neguri, en las que la pérdida del control del BBVA no es sino otro signo de ello), Anderson afirma (1998:85):

en términos generales, aquella burguesía que conocían Baudelaire y Marx, Ibsen y Rimbaud, Grosz y Brecht —e incluso Sartre y O'Hara—, pertenecen al pasado. **En lugar de aquel sólido anfiteatro hay una pecera de formas fluctuantes y evanescentes**: los arbitristas y ejecutivos, auditores y conserjes, administradores y especuladores del capital contemporáneo, funciones de un universo monetario que no conoce firmezas sociales ni identidades estables (la negrilla es mía).

En el caso del proletariado es evidente que la flexibilización de la producción ha traído una flexibilización de las relaciones laborales, que se concreta en su desregulación y su privatización, es decir, en la transformación de los contratos fijos por contratos inestables, diferenciados y múltiples, que individualizan a los trabajadores y desbaratan los lazos sindicales o simplemente colectivos. Es lo que A. Bilbao (1993) ha llamado «la desestructuración

de la clase obrera», que consiste en que la fuerza de trabajo pasa de ser una realidad político-organizativa identificable a convertirse en un agregado heterogéneo de individuos con intereses distintos y divergentes. La clase (obrero) se reduce al mercado (de trabajo). Pero la cosa todavía es peor, porque esa individualización no sólo parece haber desarticulado a la clase obrera y aislado a los asalariados sino que a la mayoría de éstos les ha arrebatado la fuente de su identidad como ciudadanos. Recordemos que esta identidad se ha basado durante toda la modernidad bien en la tenencia de unas propiedades que otorgan la autonomía y las posibilidades necesarias, bien en el logro de unos derechos sociales y colectivos que aseguran la independencia (subsidio de paro, jubilación, etc.) y la capacidad de contribuir a la polis. Por ello la flexibilización del trabajo, así como las (des)regulaciones que la acompañan, al desmontar esos derechos y debilitar así la inserción social que éstos acarrearán y la independencia y capacitación que otorgan⁸, han demolido los cimientos de la ciudadanía moderna. Simultáneamente han resquebrajado el eje central de la identidad masculina, pues era el trabajo desarrollado lo que constituía el eje para señalar lo que un hombre es. Y no olvidemos que el otro eje básico era el de la familia, el tener (poseer) una familia y ocupar en ella un lugar predominante, y que actualmente el papel de patriarca, no es que esté cuestionado, es que oscila entre dar risa y generar actitudes tozudas o tan rígidas que pueden resultar trágicas⁹.

Todos estos procesos de fluidificación y, más concretamente, la individuación que están generando, tienen efectos negativos y positivos. Por un lado, la individuación vista (Beck, 1998, y Ciddens, 1991) como la construcción autobiográfica de la identidad resalta las oportunidades y liberaciones respecto a las ataduras tradicionales que ella comporta. Sin embargo, por otro lado, resulta (Bauman, 2000:90) que el exceso de oportunidades lleva a la fragmentación y a la desarticulación, mientras que las desiguales posiciones y capacitaciones sociales y personales desde las que se tiene que

⁸ Véase una investigación profunda e inteligente de estos procesos en la segunda parte de R. Castel (1997).

⁹ Ver F. García Selgas, C. Romero Bachiller y A. García García (2002).

acometer la auto-identificación generan una competencia muy agresiva, que va deshaciendo los lazos de cooperación y solidaridad y desmonta las bases de la crítica social.

Una y otra vez los procesos de fluidificación nos hacen preguntarnos por la profundidad o gravedad de los cambios que generan y por las dificultades que introducen en la mera posibilidad del ejercicio de la crítica o de la resistencia. Pero para poder abordar estas cuestiones, sin reproducir nociones o distinciones ya insostenibles¹ y estando abiertos a los complejos matices y posibilidades que abre la fluidificación, necesitamos eliminar las resistencias que nos impiden asumir los cambios teóricos necesarios.

3. Problemas suscitados por las fluidificaciones: resistencias y ontologías

En este sentido, el primer paso consiste en atajar los principales problemas y resquemores que suscita el reconocer la fluidificación de elementos centrales de la realidad social. Detectemos esos problemas y resquemores volviendo a considerar la fluidificación de dos de esos elementos ubicados en ámbitos diferenciados: la comprensión del espacio-tiempo, situada en los ámbitos más generales o estructurales de lo social; y las identidades, alojadas en los recovecos más privados o culturales de lo social.

La dificultad para gestionar la fluidificación de las identidades se hace patente desde el momento en que sociólogos capaces de ver la inestabilidad radical, la flexibilidad y el des(re)enraizamiento que afectan a las identidades personales, como son M. Castells (1998) o E. Gil Calvo (2001), intentan paliarlos apresurada e inútilmente: el primero busca con cierta ansiedad la estabilidad o solidez en las identidades colectivas, el segundo en nuestro corazón. Y, sin embargo, éste no es sino la caja de resonancia de unos deseos y unas emociones perfilados en los mismos procesos fluidificadores que hemos señala-

do, y las identidades colectivas incuban la misma fragilidad, incoherencia, diferencias y tensiones, si no más, que las que afectan a las identidades personales. La inestabilidad de nuestras identidades las convierte en difíciles de vivir y de comprender: ¿cómo manejar y cómo concebir este flujo de disposiciones, identificaciones y tomas de posición, que contradicen lo que esperábamos y suponíamos? Son un problema práctico-político (¿qué hacer con ellas?) y un problema teórico-ontológico (¿qué tipo de cosas son?, ¿a qué se parecen?), aunque el que aquí nos compete de forma inmediata es fundamentalmente el segundo.

Tal problematización no es algo que pueda extrañarnos. Ya habíamos dicho que la organización consumista de la vida da a nuestras experiencias y opciones un marchamo de elegibilidad y caducidad, que les impide sedimentarse y estabilizarnos. Es más, a ello hay que unir el que, como resalta Bauman (2000:89-90), el tipo de libertad elevada a valor supremo por el consumismo —es decir, la libertad centrada en la plenitud del ir de compras y que reduce las decisiones de la vida a una cuestión de qué consumir— tiene un efecto devastador sobre los individuos. Un efecto que, además, se va multiplicando según nos deslizamos hacia abajo en la jerarquía social y lo elegible va perdiendo sus bellas envolturas y va mostrando su naturaleza efímera e incluso inmerecida, esto es, su potencial destructivo. Lo que en los grupos pudientes es simultáneamente cambio y autoafirmación, por un lado, y desenraizamiento, soledad y pérdida, por otro, en los menos favorecidos es alineación, posibilidades prácticamente irrealizables, por un lado, y desarraigo y aumento de la miseria y del sufrimiento, por otro. Si eliminamos la moralina que sobrecarga las lúcidas reflexiones de este sociólogo anglo-polaco, encontramos la desnuda constatación de que la fluidificación de las identidades personales plantea importantes problemas práctico-políticos y teórico-ontológicos. A ello hay que sumar que esta fluidificación, al di-

¹ Por ejemplo, no parece justificado seguir asumiendo una concepción romántica de la emancipación, que la identifica con la liberación de las constricciones sociales, pues es una concepción que requiere oponer individuo a sociedad y substantializa a ambas entidades.

solventar los lazos sociales que alimentan las prácticas de resistencia o de emancipación, introduce una dificultad adicional en la continuidad de éstas y, concretamente, de sus condiciones de posibilidad.

En el caso de la compresión del espacio-tiempo, hemos visto con Harvey que el desmoronamiento o minimización de las barreras espaciales y de las diferencias horarias produce una interconexión continua, una especie de encogimiento de las dimensiones espaciales y temporales, que se contraen hasta convertirse en un espacio-tiempo de flujos y en un espacio-tiempo fluido. Lo cual, lejos de hacer irrelevantes los lugares, los hace necesarios y necesitados de atraer (ciertos) flujos; los hace indiferenciados y específicos; imprescindibles y problemáticos. Más que de globalización de lo que nos habla esta compresión es de glocalización (Robertson, 1995).

Para entender las implicaciones de esta visión conviene recordar que hablamos del espacio y el tiempo sociales, es decir, de entidades materiales básicas de la realidad social: son expresión y parte de las dinámicas estructurales y de las prácticas sociales. Recordemos, como tantas veces nos ha dicho A. Pérez Agote, que la noción de sociedad que ha poblado la modernidad (y ha fundado la Sociología misma) está ligada a la noción y realidad muy espacial y material del Estado-nación, de modo que hablamos de sociedad francesa, española, etc. Así el primer y básico espacio que, según la Sociología, le corresponde a la sociedad¹¹, el primer espacio social, es el territorio del Estado-nación, que ha sido el espacio de nuestro conocimiento y de nuestros sentimientos, es el espacio donde se ha conjugado razón y corazón: donde pasa todo lo que me interesa y donde todo lo que me interesa pasa. ¿Pero resulta factible seguir afirmando tal cosa? Vista la materialidad, historicidad y socialidad del espacio, conviene ser conscientes de que precisamente la unicidad y la centralidad de tal espacio, ligadas a la au-

tonomía (o más bien autarquía) fundamentalmente política y económica de los Estados, han perdido muchos enteros. Las primeras estabildades del espacio social que se ven afectadas por la compresión, flexibilización y, finalmente, fluidificación de los espacios son las que asentaban las fronteras nacionales.

En una sociedad económicamente flexibilizada y atravesada por las comunicaciones, en la que las prácticas e instituciones se articulan reticularmente y están abiertas a cambios constantes y radicales, el espacio-tiempo que ello genera, en el que se manifiesta y hace posible, no es tanto un espacio de territorios estatales o de separación tajante entre lo público y lo privado, cuanto un espacio-tiempo de flujos; un espacio-tiempo que, sin perder su posición estructurante de lo social, es más un proceso o un fluir que una forma o unas coordenadas fijas.

Quizá esto es especialmente difícil de aceptar en el caso de la dimensión temporal, que en su fórmula unidireccional de progreso ha sido el eje del imaginario moderno. Sin embargo, recapacitar pausadamente sobre las diferentes temporalidades en las que cada uno de nosotros se ve envuelto (los rescoldos del tiempo lineal de progreso, la creciente flexibilización de las temporalidades laborales, la forma en que las temporalidades cíclicas de la vida se reabre con las segundas y terceras oportunidades, la temporalidad aleatoria y en *collage* de los medios de comunicación, etc.) y apreciar esa sensación generalizada de habitar una temporalidad simultáneamente eterna y final podría facilitarnos el apreciar que estamos inmersos en una «sopa» de diferentes temporalidades, que más que coexistir discretamente se encuentran en una especie de fluida interpenetración¹².

Más allá de las dificultades prácticas y analíticas que surgen de afirmar y de vivir esa fluidificación del espacio-tiempo, resaltan dos tipos de problemas, que no casualmente coinciden con los que hemos visto que se abren

¹¹ Recordemos que no hay sociedad sin Sociología que la define, categoriza y ayuda a delimitar, como bien han argumentado los planteamientos constructivistas. Pero no olvidemos que la Sociología es una institución social, socialmente construida, como acertadamente recalcan los planteamientos simétricos. Si hay construccionismo, que muy probablemente lo haya, es co-construccionismo.

¹² Ver García Selgas (2002a y 2002b).

con la fluidificación de las identidades. El primero alude a las dificultades que ello plantea al desarrollo de prácticas y discursos críticos. Algo que ya asomó cuando en el apartado anterior consideramos cómo la globalización de la economía además de acrecentar las desigualdades, la fragmentación y la inseguridad, hace desaparecer cualquier referente externo en el espacio o en el tiempo, cualquier «utopía», a la que acudir para plantear alternativas al (des)orden reinante. Más que resolver este tipo de problemas lo que ahora voy a hacer es dejar claro que precisamente uno de los motivos fundamentales de este conjunto de trabajos en los que se propone una ontología de la fluidez social es dotarnos de conceptos o elementos teóricos que nos ayuden a vislumbrar mecanismos, procesos y espacio-tiempos de resistencia o de crítica.

El segundo tipo de problemas tiene que ver con el preguntarse por el tipo de cosa con la que nos enfrentamos, el preguntarse por su naturaleza o por su ser, el preguntarse por su ontología. La recuperación de este término clásico «ontología» rechina en nuestros oídos, últimamente acunados por un dulce constructuccionismo social o lingüístico. Ante la afirmación de que los procesos de fluidificación han terminado produciendo no sólo importantes transformaciones en la materialidad de lo social sino incluso en la forma predominante de ser de lo social, esto es, ante la afirmación de que estamos inmersos en una transición ontológica, surge la precavida cuestión de si no será más bien una transición teórica, en el sentido de «el despertar de una nueva sensibilización» (por decirlo con Sánchez de la Lencera). Aquí conviene distinguir la conveniencia de salvar estas reticencias, que afectan al uso genérico del término «ontología», de la necesidad de afrontar el problema que suscita la pervivencia de la ontología dicotómica cartesiana, que ha presidido la modernidad y que asume la referencia a un realismo casi esencialista y ahistórico. Respecto de lo primero me limito a apoyarme en el construc-

cionismo (reflexivo) de la realidad social, para afirmar que efectivamente estamos en una transición que se manifiesta en el componente ontológico de la teorización, es decir, en el modelo que regula la visión de lo social y, en este sentido, se manifiesta en nuestra sensibilidad ante lo social. Pero inmediatamente hay que añadir que esa sensibilización o modelización teórica es reflexivamente constitutiva de lo social: el modo en que vemos nuestro entorno constituye el mapa que contiene y limita nuestras decisiones y acciones. Igualmente hay que sumar un cierto realismo, señalando que la preferencia por la modelización fluida tiene apoyo en su capacidad para hacernos comprender la complejidad que nos envuelve, los cambios que percibimos y lo que de otra manera no parece explicable¹³. Con respecto a lo segundo aquí me he de limitar a romper la rigidez y naturalidad con que se imponen los modelos ontológicos modernos y a postular que nuestra propuesta más que fruto de una ruptura lo es de una serie de deslizamientos impulsados por transformaciones históricas (materiales y cognitivas).

3.1. La cuestión política de la posibilidad de resistencia y crítica

El principal impulso para desarrollar una ontología de la fluidez social es, al menos para mí, el evitar que la obsolescencia del aparato óptico-teórico nos impida apreciar vías, modos y espacios de resistencia en lo que, de otro modo, aparece como un todo compacto y sin fisuras, que ejerce una dominación a veces muy sutil. Muchos autores, de Castells a los creadores de los más recientes manuales para ejecutivos (Cubero, 2001, p.e.), identifican la fluidez con el capitalismo financiero y su globalización y eso dificulta el reconocimiento de procesos, prácticas y movimientos sociales, tales como la pérdida de valor identitario del trabajo o los heterogéneos movimientos anti-globalización, que igualmente están fluidifi-

¹³ Dicho de otra manera: posibilitado por unas transformaciones históricas se genera una nueva sensibilidad teórica que ahora nos permite ver el presente, en su complejidad y en su relación con esas transformaciones, a la vez que revisamos éstas y se nos hacen visibles trazos de lo mismo (fluidificaciones) en épocas o momentos anteriores o distintos (más sólidos que los nuestros).

cados, pero que se resisten, al menos parcialmente, al dictado de esta forma de acumulación y (des)orden capitalista.

Mi objetivo en estos trabajos es radicalizar propuestas como la de Bauman, para encontrar resquicios y porosidades por los que pueda penetrar y servible el aliento crítico. Por ello me centro aquí en los más relevantes ámbitos en los que este autor nos muestra las dificultades que la fluidificación genera en los posicionamientos críticos, con la esperanza de hacer visibles en ellos mismos indicios de lugares informes en los que la resistencia puede instalarse.

Es muy probable que Bauman tenga razón al afirmar (2000:85-8) que la fluidificación de las identidades y la inestabilidad de sus eventuales referencias nos llevan a estar reajustándonos constantemente para seguir los cambios del mundo que nos rodea y que, en este sentido, el control y el poder que se ejercen sobre nosotros no siguen la forma vigilante del panóptico sino el modo seductor del espectáculo (se nos hace estar atentos y permanecer como meros espectadores), es el modo sinóptico en el que los muchos observan, atienden y siguen constantemente a unos pocos, que más que elegidos son contingente y temporalmente cooptados. El éxito de programas como Operación Triunfo (TVE1, 2001-2), con los cientos de miles de discos vendidos y de asistentes a los conciertos, en este mundo de consumo y de información-entretenimiento mediático, es una constatación de ello. Más aún la proliferación de programas en los que los individuos acuden para «expresar» y debatir sus sentimientos más íntimos terminan por desmontar el mito romántico de un yo íntimo, verídico, auténtico o esencial, pues lejos de dar salida a los «auténticos» yoes vienen a «desplegar y a marcar, con aceptación pública, el cuento de los estados emotivos y de sus expresiones, a partir de los cuales se tejen las "identidades totalmente personales"» (Bauman, 2000:86). La sobrepresencia sinóptica de ofertas y propuestas, de las que no es posible apartar la mirada parecen producir tanto una parálisis de la crítica cuanto un vaciamiento de las voluntades, de los yoes y, en última instancia, de la agencia capaz de resistir.

Ciertamente el orden sinóptico puede producir una parálisis de la crítica, siempre que

ésta necesite presentarse como la transformación radical de un orden estable, cerrado y opresor, siempre que el modelo sea el asalto al palacio de invierno, la toma de la Bastilla, etc., pues no parece localizable una torre de control desde donde se nos vigile, ni un castillo o consejo de administración donde se dibuje lo que ha de suceder. Igualmente, el juego sinóptico de la seducción (consumismo, caducidad, etc.) acaba con el sueño de un final feliz o de reconciliación que, como el «cielo comunista», pudiera servir de zanahoria para la bienintencionada crítica social. Pero a lo que todo ello pone fin no es a la crítica o a la resistencia en general, sino a su modo moderno de desplegarse, esto es, al modelo de la dinámica destrucción/construcción, a la dinámica revolucionaria, al imaginario moderno de aparecer ex novo, rompiendo con las tradiciones. La fluidificación afecta al orden y a su desorden. La resistencia se ejerce desde dentro de las dinámicas dominantes, dado que además son totalizadoras. Que no haya un final-feliz de referencia no impide que la crítica pueda generar alternativas. La maleabilidad intrínseca a los medios de seducción es terreno abonado para ello. Pensemos, por ejemplo, en un caso ya señalado: el predominio del valor signo, de la imagen sobre la mercancía y sobre su valoración monetaria, es un elemento central en la fluidificación de lo social y en la desarticulación de algunas de sus instancias críticas (aquí la manipulación televisiva de deseos e intereses). Sin embargo, ello no impide que, dentro de los parámetros analíticos adecuados, consigamos ver cómo lo efímero y poderoso de las imágenes permite que se conviertan también en medios de lucha y resistencia (del graffiti urbano al pasamontañas zapatista), aunque inevitablemente sean posteriormente susceptibles de mercantilización. Por ejemplo, ¿hasta qué punto la comercialización de las descaradas y agresivas letras de los raperos no termina por ser un caballo de Troya para contrarrestar la radicalización o la eficacia de tales actitudes de resistencia?

La falta de confianza en que el futuro será mejor, en que el tiempo corre a nuestro favor, va ligada a una disminución substancial en la creencia (muy moderna) de que somos nosotros los que hacemos que sucedan las cosas, esto es, de que la capacidad de cambio y mejora,

la agencia, es cosa nuestra. A esto me refería con el vaciamiento de la voluntad y a ello se refiere Bauman (2000: 132-3) al afirmar que la cuestión más sobresaliente y más difícil de responder hoy no es «¿Qué hacer?», si no «¿Quién lo va a hacer?». Los agentes políticos más relevantes de la modernidad, el individuo liberal (el empresario, el héroe, el libre-pensador, etc.), la clase proletaria o el mismo Estado parecen tener suficiente tarea con lograr persistir o simplemente existir. La posibilidad misma de las políticas prácticas por estos agentes, entendidas como gobierno de nuestro espacio-tiempo o polis, está puesta en cuestión por su afán de atarse a su localidad, ya que ello las deja fuera de los poderes dominantes, constituidos por los flujos de poder y, sobre todo, por el poder de los flujos (Castells, 1997:504). Sin embargo, creo que aquí se confunde una situación de *impasse*, que parcialmente hemos podido vivir en los años 80 y 90, en la que se ha seguido aferrados a la misma idea de agencia socio-política (una conciencia individual o colectiva que planifica o racionaliza todo) y se han buscado sus mismos representantes, con lo que, en lugar de acceder a la solidez buscada e incapaces de admitir y pensar la fluidez que se había apoderado de las formas emergentes de agencia, terminábamos bailando con fantasmas. Frente a esta situación tan poco agradable, la aceptación y desarrollo de una modelización de lo social como tipo de entidad fluida pretende facilitarnos el reconocimiento de nuevas o renovadas formas de agencia. Por ejemplo, ese polimorfo, si no amorfo, e inestable movimiento antiglobalización parece más próximo a la naturaleza fluida y más capaz de generar cambios que la anquilosada y violenta reacción desatada contra él por la policía italiana en Génova (en julio de 2001). O, en otro sentido, seremos sensibles a percibir la compleja relación con la resistencia y el dominio que tienen movimientos sociales cuando, como el movimiento gay holandés, acepta responsabilidades (en este caso sanitarias) que el gobierno les delega¹¹. La fluidificación desdibuja la separación nítida entre los espacios o mecanismos

de dominación y los de resistencia. Por ello Haraway y, tras ella, otros muchos hemos podido hacer de la figura del cyborg algo más que una metáfora de la nueva agencia crítica¹⁵. Un ser tan amenazante como éste, salido de las más potentes maquinarias del capitalismo militarista como son la investigación aeroespacial y la biotecnología, condensa y expresa las tensas condiciones que han de convivir para que pueda emerger la agencia transformadora. Es org(anismo) en el sentido de la Biología contemporánea—esto es, ni sólido como pretendía el mecanicismo ni evanescente como quería el vitalismo— y es ciber(nético) en el sentido de que especifica el caso humano por su naturaleza comunicacional y tecnológicamente mediada, desde el alfabeto al vídeo, desde la prehistoria hasta hoy. Rompe así diversas oposiciones, básicamente la que se quiere establecer entre naturaleza y cultura, y fluye por intersticios haciendo visible, al menos para nuestros días, la mezcla de capacidades y constricciones que somos.

Aquí conviene traer a colación algo sobre lo que también tiene parcialmente razón Bauman. Me refiero a su idea (2000:168-71) de que la defensa de la comunidad que vienen haciendo los comunitaristas es más la expresión de una nostalgia y de una necesidad que la afirmación de un hecho o de una tesis sociológica. Esa defensa se produce en medio de la desaparición de los lazos comunitarios, cuando el desvanecimiento de la seguridad y estabilidad que ofrecía la comunidad deja a los individuos mejor encarados hacia sus propios objetivos pero peor armados para conseguirlos, cuando los individuos buscan grupos con los que identificarse de manera estable y segura. Hasta aquí de acuerdo. Pero a ello hay que añadir que la disputa entre comunitaristas y liberales (a los que Bauman se aproxima mucho) es una polémica básicamente ideológica que, al aferrarse a fantasmagóricas solidez (el individuo aislado) o al concretarse en realidades cuya lógica uniformante contraviene el devenir general (nacionalismos étnicos), es en sí misma un mecanismo de mantenimiento del *statu quo*, pues oscurece las posibilidades de un pensa-

¹¹ Debo este ejemplo a Angel Gordo.

¹⁵ Ver Haraway (1995), Gray (1995) y García Selgas (1999).

miento crítico que se mueve en medio de los cambiantes flujos sociales y de las diferencias que en ellos se instituyen. A lo que me refiero es a que, por ejemplo, el mismo proceso de individuación que aísla a los individuos y en cierto sentido los incapacita como agentes de cambio, por otro lado hace de la identidad una construcción de la que nos responsabiliza y de la que muestra su naturaleza política. Desde el lado de las identidades colectivas, seríamos así capaces de entender que las primeras prácticas de resistencia están en la contestación a una homogenización impuesta sobre sus miembros, o que como en el caso de los grupos gays que buscan el reconocimiento de sus unidades familiares se puede empezar desde una estrategia acomodaticia y terminar implicando una transformación en el concepto de familia que también afecta y abre nuevas vías a las parejas heterosexuales (Arditi y Hequembourg, 1999).

Una y otra vez, en Bauman como en Castells, el reconocimiento de la fluidificación de lo social continúa cargado con supuestos básicos de la dinámica moderna, de su pragmática. En este caso se mantienen apegados al maniqueísmo político de la modernidad revolucionaria: la solidez del orden versus los vientos de cambio. Un maniqueísmo que llevó a Castells a señalar sólo dos posiciones no plegadas o no aplastadas por los flujos de dominación: el cierre personal en la propia familia, que sería la «roca en este océano de flujos» (2001:428) y lo que llama «identidades proyectivas», que vendrían a ser unas identidades colectivas capaces de ir más allá de la lucha por su reconocimiento y de orientarse a la transformación de la sociedad en su conjunto (1998:394-6). Si lo primero es, como me señalaba Sánchez de la Incera, una mezcla de miopía a lo «rompetechos» y de autoarrinconamiento en el agujero definitivo del avestruz, «con todo el buen culo al aire», lo segundo oscila entre un brindis al viento de tiempos pasados y una añoranza insostenible no sólo del viejo sujeto (homogéneo) revolucionario (olvidando el ¿quién va a hacerlo?, que señalaba Bauman) sino de la totalización de lo social. Ambas salidas son insostenibles y más bien parecen ser el resultado de un análisis terminado antes de tiempo, antes de que podamos detectar formas emergentes (y probablemente fluidas) de agencia crítica o de resistencia.

3.2. El problema de que la transformación sea ontológica

No es sólo una especie de buenos propósitos o de ansiedad política e histórica lo que lleva a estos «análisis interruptus». Más bien parece que lo que los hace inevitables es que se desarrollan dentro de un determinado modelo de qué o cómo es la realidad humano-social, esto es, que se desarrollan dentro de una ontología social específica. Tras el dualismo entre orden (solidez) y revolución (evanescencia), y tras otros maniqueísmos modernos (sujeto/objeto, hecho/valor, etc.), subyace el dualismo ontológico cartesiano (*res extensa/res cogitans*), que ha presidido el pensamiento moderno. En el caso de Castells es suficientemente claro, pues al final su tesis de la creciente bifurcación entre el espacio reticular y fluido de las instituciones (dominantes) y el espacio localizado de las comunidades y sus luchas por la identidad (dominadas) sólo se sostiene por el mantenimiento del dualismo entre estructura y acción, que a su vez descansa sobre la suposición de que hay dos lógicas existenciales básicas: la de la máquina o el sistema (lógica de la función, dominante para los enfoques materialistas, como el suyo) y la de la conciencia, sea colectiva sea el yo individual (lógica del sentido, dominante para los enfoques idealistas). Sólo sobre este dualismo ontológico se han podido sustentar los enfoques unilaterales del materialismo histórico, el funcionalismo, la fenomenología, el estructuralismo, la etnometodología, etc. Sobre él se alza la unilateralidad de las perspectivas estrictamente constructivistas o de los realismos menos críticos. Por todo ello y, especialmente, por el freno que supone para el reconocimiento y el aliento de espacios de resistencia y de crítica es por lo que uno de los objetivos principales de resaltar la naturaleza fluida de lo social es romper con esa dicotómica ontología cartesiana. Lo cual exige empezar por reafirmar que la transformación histórica que estamos viviendo es ontológica.

Ya he señalado que al hablar de una nueva ontología me refiero, en primer lugar, a una nueva modelización de la realidad social, a una nueva sensibilidad teórica. Junto a este compromiso ontológico, al compromiso con que aquello de lo que se habla es de una determi-

nada forma y que como tal hay que verlo o percibirlo, toda teorización y todo discurso perteneciente a una disciplina, es decir, todo discurso que es un compromiso entre las visiones e intereses del autor y los de la disciplina, expresa la ordenación del mundo político-social que el autor y la propia disciplina dan por supuesto (Bourdieu, 1991). De este modo la ontología reinante o aquella que se expresa en un texto concreto no es algo metafísico, separado de lo empírico, antropológico o histórico, sino conectado a ello. Es una especie de concentrado cognitivo de la praxis social y de sus luchas, en el que éstas se manifiestan y re-actualizan. Por ello la relación entre el modelo ontológico y la experiencia no es de distancia, representación o esencialización sino de contigüidad, analogía e interrelación.

De lo anterior podemos extraer que toda ontología social incluye el compromiso con una estructuración de la sensibilidad cognitiva, con una figura de la naturaleza de lo social y con una determinada ordenación político-práctica. Por ello no debería extrañarnos que en determinadas coyunturas históricas, como la que estamos viviendo, en las que la acumulación de cambios genera una transformación cualitativa de lo social, pueda empezar a emerger de forma paralela una nueva ontología social que se pretende privilegiada. De hecho la ontología de la fluidez social reivindica para sí el ser parcialmente consecuencia de las principales transformaciones históricas que dibujan nuestro presente y tener, por ello, un cierto privilegio epistemológico y político: privilegio epistemológico, porque se postula como más eficaz o clarificadora al considerar esas transformaciones, sus consecuencias, sus trazos en otros espacio-tiempos y nuestro presente en general; y privilegio político, no sólo porque delimita cognitivamente el conjunto de posibilidades entre las que elegimos para tomar decisiones o porque si pensamos que el mundo social es de una manera este modelo se hace «real» en sus consecuencias (teorema de W. I. Thomas), sino también porque se pre-

tende como vía aventajada para entrever y reforzar espacios de resistencia.

En consecuencia, al señalar que la transformación histórica acaecida en los últimos decenios es de tal radicalidad que implica una transformación ontológica, lo que estoy señalando es que la forma de ser tendencialmente dominante en la realidad social ha cambiado de naturaleza. Ha cambiado de naturaleza en tres sentidos: primero, en el sentido postkantiano y postkuhniano en que nosotros podemos hablar de la naturaleza de lo social¹⁶; segundo, en el sentido de que la realidad social, que es histórica, está configurada parcial y dialógicamente por los agentes que ella ayuda a perfilar; y, por último, en el sentido de que las transformaciones hacen cada vez más obsoleto o contraproducente el querer seguir captando esa realidad con modelos anteriores. Es decir, la forma de ser o naturaleza tendencialmente dominante de la realidad social ha cambiado en tanto que «naturaleza social» disciplinalmente conocida: históricamente constituida y tensa o contradictoriamente vivida.

Al afirmar que el cambio es ontológico quiero evitar que sigamos inevitablemente expuestos al peligro que ya indicara Wittgenstein (1997:189) respecto a los modelos conceptuales que empiezan a ser obsoletos: «El peligro comienza cuando nos damos cuenta de que el modelo antiguo no es suficiente, pero no lo cambiamos sino que, por así decirlo, lo sublimamos».

En este sentido, no nos basta con el fuerte compromiso filosófico que supone afirmar que la transición es ontológica. También tenemos que romper con el dualismo cartesiano, que es lo que en última instancia nos frena. Ahora bien, hacerlo nos enfrenta, como antes señalamos, a una de las principales raíces de la sociología. La oposición entre materialidad, sea natural o social, y conciencia ha alimentado a la Sociología desde su origen específicamente moderno. En Comte, en Marx, en Durkheim, en Weber, etc., encontramos el supuesto de que la realidad social está confi-

¹⁶ Hablamos del fenómeno, del dato empírico, de la cosa tal y como se nos presenta, no del *noúmeno* o de la cosa en sí. Hablamos situados dentro de las convenciones, normas, modelos y casos ejemplares compartidos por la comunidad científica. Pero también hablamos como resultado de nuestra interacción práctica y mutuamente constitutiva con lo que nos rodea.

gurada por estructuras, procesos o hechos objetivos y por conciencias, representaciones colectivas o valores y sentidos. La dualidad ontológica entre objetualidad o materialidad y conciencia o subjetividad antecede y sostiene a cada una de las visiones de estos teóricos sociales y de la mayoría de sus continuadores. Da igual que la forma social que se encuentre predominante sean las formas estructurales, en su versión cosificada (Durkheim) o en su versión sistémico-funcional (Parsons), sean los agentes intencionales (Weber) o sean procesos como el despliegue de las fuerzas productivas (Marx), la dualidad ontológica cartesiana sigue estando a la base. Como muestra vale la concepción durkheimiana de los niveles de realidad social, que, como nos recuerda Balandier (1994:69-70), incluyen las estructuras materiales y las formas consolidadas de la vida social, en primer lugar; las instituciones o conjuntos de reglas, normas y prescripciones que rigen la acción, en segundo; y los valores, ideas e imágenes que constituyen las representaciones colectivas, por último. De este modo la realidad social amalgama y oscila entre la solidez reproductiva de las estructuras materiales o formales y la volatilidad de las representaciones o conciencias. Lo que subyace es la aceptación de dos formas o lógicas de existencia social.

Con el desarrollo de la teoría social parece que en su seno se han ido estableciendo como dos tipos ideales de despliegue de ese modelo dual ontológico: el tipo sistémico-constructivista (sistema/entorno) y el tipo esencialista o realista (contingente/necesario). En el primer tipo se incluirían las visiones más formalistas, de Simmel a Luhmann, la Teoría de la elección racional o la Teoría de redes, que avistan un mundo de relaciones formales y de conciencias individuales. En el segundo estarían las propuestas más substancialistas, de Marx a Mead o a Wallerstein, que han hablado de la naturaleza (colectiva o individual) de los seres humanos o de procesos u órdenes esenciales en la constitución de lo social. Aunque probablemente lo que más ha abundado sean diferentes mezclas de ambos tipos. En cualquier caso, la apuesta por una OFS implica dejar atrás, o a un lado, tanto las tendencias substancialistas (esencialistas, estrictamente realistas) y las formalistas

(sistémicas, estrictamente constructivistas) cuanto el supuesto de que son nuestra única alternativa. Hablar de fluidez reclama el paso a primer plano de la compleja dinámica de flujos y turbulencias que animan el cambiante despliegue de lo social.

4. Deslizamientos y transiciones cognitivas: del movimiento a la fluidez

La apuesta por la OFS responde, entre otras cosas y además de a los procesos históricos antes señalados, a una serie de profundas transformaciones en nuestro mapa cognitivo. Ahora bien, conviene empezar por recordar, para calmar un poco los ánimos, que estas transformaciones y, en general, el cambio ontológico que defendemos son el resultado de una transición gradual, no de un salto brusco. La OFS no nace de un cambio revolucionario, sino de un deslizamiento que empieza por sacarnos de la lógica rupturista.

4.1. Deslizamiento de los modelos ontológicos

La OFS emerge merced a una serie de deslizamientos continuos, de entre los que, por mor de brevedad, podemos resaltar tres momentos de paso, de muy distinta duración. El primero de ellos se instaura en todos los niveles de consideración de lo social, una vez producida (de forma parcial) la ruptura radical con el antiguo régimen, con la metáfora de la contraposición entre lo sólido o estable (de la tradición y del pasado) y lo evanescente (del futuro). Es el modelado ontológico que se corresponde con el proceso histórico de modernización y con la elaboración de la teoría sociológica clásica, y que quedó bellamente expresado en la metáfora marxiana de que todo lo sólido se desvanece en el aire (del valor de cambio). Esta idea de la confluencia de lo sólido o estable con lo volátil o efímero y de que ello constituye el corazón (ontológico) de lo social atraviesa las propuestas de los clásicos de la modernidad, desde la tragedia fáustica del progreso o la contraposición nietzscheana entre lo apolíneo del orden y lo dionisiaco hasta el más moderno antimodernismo de Baude-

laire¹⁷. Es más, como idea o supuesto central de una cultura, de la cultura moderna, no puede dejar de tener mitos asociados, que condensen y le atribuyan una fuerza incuestionable. Según Balandier (1994:226-7), esos mitos serían básicamente tres: Fausto, con la idea de una lucha incesante y sin límites; Prometeo, o la capacidad humana de liberarse colectivamente de lo que le mantiene en sumisión; y Don Juan, como exaltación del rechazo individual a todo orden. Son mitos que condensan la idea regulativa moderna de **movimiento y superación**, pero que, en tanto que «expresan la inagotable confrontación del orden y el desorden, la necesidad y la libertad (...)», refuerzan el dualismo ontológico de lo mecánico y de lo mental.

Si el primer momento se liga a la crónica de la modernización, que constituye el núcleo de la práctica sociológica en el momento de su institucionalización, el segundo parece emparentado con la crónica de una transición histórica y ontológica y es, en sí mismo, un pensamiento de, y en, transición. Quizá la enorme trilogía de Castells sea la más acabada descripción de los cambios históricos que expresan y son el final de la dinámica de la modernidad clásica. Ese proceso es al que yo mismo me he referido, esquemáticamente y sólo en su dimensión económica, en la primera parte de este trabajo. Otros textos importantes de la sociología de las últimas décadas como *Las consecuencias de la modernidad* de A. Giddens o la *Sociedad del riesgo* de U. Beck pueden igualmente ser considerados avzados descriptores y partes de esta transición. De hecho es probable que la idea regulativa de este segundo momento sea la de **movimiento e incertidumbre**, entendido el primero fundamentalmente como deconstrucción, simulación, ruido, etc. y la segunda como riesgo, exilio interior, complejidad, etc. (Balandier, 1994:10-11). Esta idea regulativa, y las concepciones que pretenden desplegarla, se aleja de la suposición de dinámicas lineales y hace del azar y del caos una pieza central y activa de la generación de orden y de estabilidad. Así, mientras en las ciencias naturales se construyen gráficos y cálculos con los que intentar entender los procesos aleatorios, viendo cómo en medio de apariencias caóticas emergen extraños atractores como formas privilegiadas y distinguibles, en las ciencias sociales se cuestiona la idea misma de sociedad, como totalidad estable, se admite que lo social es capaz de morfogénesis imprevisibles e inéditas y que, por lo tanto, no está sometido a la linealidad de algún evolucionismo, del despliegue entrópico o irreversible o del resumen del pasado en el presente¹⁸. Por ello puede decir Balandier (1994:57) que, con los trabajos de Atlan o Morin, «se ha asistido en realidad al nacimiento de una nueva ontología cuyos principios pueden ser comunicados, bajo una forma muy simplificada, de la manera siguiente: todo ser es una organización (...) generadora de nuevas formas de ser»¹⁹.

Ahora bien los teóricos sociales más conscientes de encontrarse en esa situación — que para mí es de tránsito— como el mismo Balandier o Dupuy, a pesar de su insistencia en que la teorización social ha de definir su propia arbitrariedad y enfrentarse a la complejidad específica de su momento y de su movimiento, no han dejado de estar subyugados por el problema hobbesiano del orden ni de continuar la estela de las ciencias naturales, al defender que la ontología resultante impone el par orden (estabilidad)/desorden (cambio) como visibilización de la fuente de lo que existe y de su complejidad e impredecibilidad. Ello no quita que la conjunción del orden y el des-

orden (estabilidad)/desorden (cambio) como visibilización de la fuente de lo que existe y de su complejidad e impredecibilidad. Ello no quita que la conjunción del orden y el des-

¹⁷ Ver Berman (1988) para un magnífico estudio de las distintas expresiones de este supuesto.

¹⁸ La confluencia entre las propuestas realizadas en las ciencias naturales y las que aquí recojo en las ciencias sociales, así como el hecho de que la Teoría Social se haya centrado en la superación de la oposición entre estructura y acción o entre los enfoques macro y los micro, vuelve a ser una manifestación del reflejo sublimado que una ontología social, en este caso una ontología de transición, tiene en los textos. Tanto en los que hablan de lo social como en los que no lo hacen.

¹⁹ La brevedad y transitoriedad de este segundo momento, su proximidad a nosotros y el que no sea ahora objeto de nuestra consideración me sirven como excusas para no comprometerme señalando qué mitos condensarían estas perspectivas. Pero no resisto la tentación de apuntar algún candidato: las alas de la mariposa, cuyo revoloteo termina levantando tempestades; la figura del nómada, que desplegada por Deleuze y Braidotti, aúna exilio, emigración y errancia; o, incluso, el extraterrestre, como figura de la amenaza de una tecnología superior.

orden, o la inscripción de éste en lo que define a aquél, es un paso importante dado por los modelos ontológicos dominantes en la teoría social de esta época, que han sido el modelo biológico de la autoorganización y el modelo termodinámico de la entropía (Balandier, 1994:77). Por cierto, ese mismo estado de transición (e indecisión) se traduce, en teorizaciones sociales menos epistemológicas como las de Giddens o Bourdieu, en un intento de superar la modalización dual de la realidad social como oposición entre estructura y acción, trasunto sociológico de la dualidad cartesiana entre cosa y conciencia. Pensar juntos e interrelacionados el individuo y lo social es un paso adelante, que sin embargo retiene la suposición de su naturaleza diferente. Del mismo modo dar al desorden o al caos un lugar constitutivo, a un nivel semejante al orden, es un avance en el perfeccionamiento de nuestras herramientas analíticas de cara a «la turbulencia incesante del mundo» (Balandier, 1994:57), pero es insuficiente mientras retenga el supuesto de que orden y desorden son lógicas o naturalezas distintas.

De esta insuficiencia, que más bien es un desajuste entre el desarrollo de la teorización social y el despliegue de las transformaciones históricas, surge el tercer momento y su expresión en las ciencias sociales. A él nos van acercando movimientos que el mismo Balandier sugiere (1994:229-31): entender que el orden no es más que un caso particular del desorden; aceptar que la verdad no se nos muestra asociada a la necesidad, ni completamente ajena a la contingencia, sino unida a lo posible: la verdad es factible diría yo, con esa ambivalencia de probable y ligada a unos hechos simultáneamente independientes y contruidos; asumir que nuestros referentes no son tanto las cosas, las representaciones, las culturas o las instituciones sociales, cuanto los pasajes, las transiciones y transacciones, las emergencias y disoluciones; renunciar a los compartimentos estancos en las ciencias sociales, que artificialmente separan lo antecedente (histórico) de las raíces (antropológicas) y del presente (sociológico). Por ello no puede extrañarnos que, tras enunciar estos movimientos, Balandier concluya «Todo se ha vuelto demasiado inestable, demasiado disociado de lo que es el factor de permanen-

cia y determinante de orden. **Lo social** —en el sentido más extensivo de esta palabra— **se capta en un estado de gran fluidez**» (la letra negrita es mía). Pero aún hay más. De esta conclusión no sólo deduce la obvia confluencia de las distintas ciencias sociales sino que también extrae algunos elementos de la concepción (ontológica, añado) que ello comportaría (94:233-7). La primera es que no pudiendo mantener la amnesia del pasado ni la referencia al futuro, que animan la visión de la modernidad clásica, y no siendo sostenible la parálisis que conllevan la complejidad y la irreversibilidad resaltadas por la visión de la incertidumbre social, la visión de esa fluidez ha de sortear la cultura de la nostalgia y ha de evitar la negación de antecedentes y regularidades en esa fluidez. La segunda es que, rechazadas las concepciones racionalistas y las voluntaristas de la naturaleza humana, hay que incluir en ella, en pie de igualdad, lo imaginario, lo irracional y lo racional, es decir, percibir lo que llamábamos desorden como una de las formas de orden, o viceversa. Por último, reclama la polifonía de lo social al exigir que se haga partícipes de la definición continua de lo social a la gran cantidad de diferentes actores sociales que intervienen en ella.

Sin embargo, por mucho que estiremos la interpretación de las propuestas de Balandier, como posiblemente haya hecho yo en el último párrafo, no haremos más que ampliar el momento de transición, sin adentrarnos en lo que es específico del tercer momento. Para hacer esto tenemos que perder el miedo a concebir lo social como fluidez, sin referencia extrema a una solidez o a una volatilidad. Lo social está siendo en este momento (percibido y vivido como) fluida mezcla, hibridación o promiscuidad de ámbitos y espacios que hasta hace poco parecían separados o nítidamente distinguibles. Y esto es lo que ni Balandier ni quienes se instalan definitivamente en aquel momento de transición quieren admitir o administrar. De aquí que este autor no pueda admitir que la mezcla o la hibridación se convierta en objeto central de nuestra reflexión actual y afirme (1994:229) que ello nos obligaría a oscilar entre un sincretismo que, como un collage, suma piezas dispares y un eclecticismo que, estérilmente,

chapucea con trozos y reflejos. Sin embargo, la afirmación de que éstas son las dos opciones de una visión centrada en la mezcla o la que hace es mostrar la suposición subyacente de que lo que existe son piezas encajadas (no dispares), unidades u objetos completos (no trozos), fuentes u originales (no reflejos). Y es este modelo ontológico de una realidad social de entidades unitarias y definidas, pero desordenadas y en movimiento, lo que le impide adentrarse en una concepción cuya idea regulativa probablemente sea la de movimiento y mezcla o la de fluidez e hibridación o, mejor aún, la de promiscua fluidez. No me atrevo a subrayar ninguna de ellas, poniéndola en **negrita**²¹, porque aquí simplemente estoy intentando despejar el terreno para adentrarnos en esa concepción, de modo que seamos sensibles a su despliegue. Del mismo modo puede resultar atrevido aventurar figuras que parezcan ir asumiendo la posición de mitos desveladores y concentradores de sentido. Pero por qué no arriesgar la suposición de que el vacío dejado por la desaparición de un Don Juan irreverente e individualista, que rechaza todo orden, está siendo ocupado por una figura inapropiada, inapropiable e individualizada como es la mestiza, expulsada de todo ordenamiento. Por qué no atreverse a indagar hasta qué punto la liberación de la opresión heterónoma, que Prometeo significa, y la lucha continua por el progreso, que encarna Fausto, han sido sustituidas por la amenaza de la promesa tecnológica y por la incorporación y eventual reversión de mecanismos de dominación, que representa la potente y amenazadora figura del cyborg. Al fin y al cabo ambas figuras, la mestiza y el cyborg, son además piezas claves en el resurgir de un cierto pensamiento crítico o de resistencia, alimentado por propuestas postcoloniales y (post)feministas, como las de Anzaldúa y Haraway, con las que la OFS pretende guardar una estrecha relación.

4.2. Implosión de las dicotomías categoriales

Probablemente se facilite el deslizamiento definitivo del segundo al tercer momento si nos centramos en cómo algunas de las transiciones conceptuales más relevantes han alimentado la transformación de nuestro magma cognitivo, que este deslizamiento requiere. Creo que la energía que empuja a estas transformaciones, esto es, empuja a sus principales ingredientes y nos anima no sólo a vivir sino a concebir lo social como fluido, híbrido y promiscuo, surge de la implosión de las dicotomías. Son diversos los procesos que han hecho que las dicotomías categoriales que han regido el pensamiento moderno fueran viniéndose abajo. La presión que los acontecimientos y cambios han ejercido externamente sobre el espacio delimitado por oposiciones categoriales como las que se han dado entre hecho y valor, público y privado, masculino y femenino, progresistas y conservadores, etc., han terminado rompiendo y derruyendo las paredes o diferenciaciones categoriales que constituían ese espacio, de modo que, en lugar de explotar hacia fuera y diferenciarse, sus polos o líneas de demarcación han implosionado hacia dentro y se han mezclado. En ese espacio implosionado ahora se amagallan formas y elementos de sus componentes, que antes se contraponían. Empujado por estas implosiones categoriales nuestro mapa conceptual ha ido sustituyendo la rígida rejilla conceptual moderna por una visión (y definición) polifónica, inestable y constitutiva de lo social²².

Las implosiones, además de volvernos a mostrar las fluidificaciones, expresan y concretan el desbaratamiento de la oposición moderna entre representación y realidad, entre modelo y hecho. Lo cual, como veremos inmediatamente, no nos saca de la lógica de la representación para conducirnos necesariamente a algún tipo de lógica (constructivista) del simulacro, en la que el polo simbólico de-

²¹ Aunque la que más me tienta es la última: promiscua fluidez.

²² Es un proceso paralelo al que se ha dado en las instituciones sociales cuando éstas han invertido la orientación de la diferenciación progresiva y han girado hacia la desdiferenciación. Lo que, una vez más, muestra que estamos ante procesos que tiene expresión en ámbitos cognitivo-categoriales y en espacios histórico-materiales. Son procesos semiótico-materiales, que desbordan la oposición entre los constructivismos cognitivos o lingüísticos y los materialismos realistas o historicistas.

vora y (re)construye al polo material, al supuesto original, sino que nos llevará a la lógica de la articulación, donde ambos polos son agentes y resultados de la interacción simbólico-material o estético-política.

En este sentido y para abreviar, conviene recordar y resaltar dos de esos procesos implisivos. Básicamente por dos razones. Porque ambos afectan a dicotomías categoriales que posiblemente estén en la base del resto de las dicotomías modernas. Y porque, una vez alimentada de forma general la visión polifónica e inestable de lo social, estas dos implosiones nos permiten cumplir las otras dos condiciones señaladas por Balandier. Esto es, nos permiten ver el desorden como forma del orden, o viceversa, y aceptar que hay antecedentes de y regularidades en la fluidez. Además, el primero de estos procesos reafirma el deslizamiento ontológico, mientras el segundo nos adentra en las transformaciones conceptuales que más nos interesan.

En primer lugar, encontramos la ruptura de la dicotomía establecida en la modernidad entre lo natural y lo cultural o entre lo biológico y lo social. No es que el empuje positivista haya conseguido someter lo cultural y lo específicamente humano a los requerimientos de su visión (mecanicista) de la naturaleza, esto es, no es que las ciencias sociales se hayan sometido al dictado de las ciencias naturales. Más bien parece que, en línea y acentuación de lo ya percibido en el segundo momento con su «caoslogía», lo que se aprecia es una dinámica semejante en ambos polos. Una dinámica de fluidos anima el despliegue de ambos ámbitos y los hace comunicables entre sí²². No debe interpretarse, por el lado opuesto, que haya sido el polo lábil, la cultura o la sociedad, el que ha deglutido a la dureza de la naturaleza, como a veces han pretendido determinadas sociologías (asimétricas) de la ciencia (Barnes, Collins, etc.). Haber mostrado la construcción social que es el conocimiento científico y haber entrado en la caja negra de su producción

socio-discursiva nos ha permitido deshacer-nos de rígidos modelos mecanicistas o lineales del ser y el funcionar de la naturaleza, pero la resistencia de las cosas a someterse a nuestra voluntad persiste. Construccionismo sí, pero limitado y limitado externamente. Simultáneamente la invasión tecnológica de nuestras vidas y cuerpos ha roto materialmente la frontera que separaba lo artificial de lo natural y aislaba lo humano de lo no humano. Ello nos ha hecho ver que la materialidad que construimos tecnológicamente nos constituye material y simbólicamente. Realismo de nuestra constitución sí, pero un realismo limitado desde el interior de su constitución.

La oposición entre naturaleza y cultura es la oposición entre lo que habla/representa y lo que es mudo/representado y por ello, a la vez que reitera la oposición entre representación y realidad, se extiende en la oposición entre sujeto (hablante/agente) y objeto (silente/paciente), que es nuestro segundo foco de atención. No cabe duda de que la modernidad, además del tiempo histórico del movimiento, es el tiempo de la construcción histórica de la subjetividad como sujeto, esto es, construcción de una posición autónoma (sin la dependencia heterónoma de Dios), de agencia central (el antropocentrismo moderno) y dominante (corresponde a una clase social, a un género, a una etnia, etc.: corresponde al hombre blanco, burgués, etc.). Frente a esa posición lo otro queda englobado como lo mudo y pasivo, es el objeto de consideración, el objeto que se manipula, el territorio que se conquista, el salvaje que se civiliza, la fierecilla que se domestica, etc. Sin embargo, durante los últimos decenios hemos sido testigos de la rebelión de los «objetos»: la naturaleza se ha presentado como agente ecológicamente activo, el poscolonialismo reclama la especificidad de sus voces, las mujeres han pasado al ataque, nuestros productos tecno-industriales entran en la definición y cualificación de nuestras capacidades y agencias, etc. Por ello no puede ex-

²² Así se quiso poner de manifiesto en el II Ciclo de Ciencia y Tecnología organizado por la Universidad Complutense en la primavera del 2002, donde las tecnologías de la información, las estructuras neuronales, las corrientes metropolitanas, la globalización, los sistemas complejos, etc., fueron considerados bajo el modelo común de los flujos. Ver *Gaceta Complutense* del 5 de marzo de 2002.

trañarnos que sean múltiples los cuestionamientos que se han hecho de la dicotomía sujeto-objeto, vengan por la crítica de la permanencia o del isomorfismo de la figura universal del sujeto, vengan por el reconocimiento del papel activo del objeto. Cada uno de los posibles referentes «naturales» de los dos polos se ha visto desplazado, y si aquí tampoco se puede hablar de la absorción de un polo por otro es porque ninguno de los dos parecen posiciones estables o uniformes. Ambas nos manifiestan una naturaleza fluida. Se puede estar en la posición sujeto, pero no se es sujeto. No hay ninguna cosa que sea «naturalmente» objeto y no pueda, por ello, entrar en una situación relacional en la que cobre agencia. Así, el sillón del abuelo, el dedal de mamá, el escalón de nuestro portal, etc. pueden transformar las cosas con las que se relacionan, pueden cambiar, por ejemplo, nuestra mirada de quien lo use. Ambas posiciones, la de sujeto y la de objeto, son intercambiables y están interconectadas: son interdependientes y en última instancia se reducen a manifestaciones puntuales e inestables de un proceso común, que se nos presenta como un proceso fluido.

Para no perdernos en tramas tan abiertas y complejas como las que representan éstas y otras implosiones²¹ conviene concentrarnos en su repercusión y manifestación en las transformaciones conceptuales que nos están desplazando del segundo al tercer momento de modelización ontológica. En general, mi tesis es que éstas y otras implosiones semejantes hacen imposible seguir aferrados a lo que ha caracterizado el segundo momento, esto es, hacen imposible aferrarse a un polo de la dicotomía (el orden, la cultura, el sujeto, el flujo, etc.), a la vez que se tiene como referente analítico y material al otro polo (el orden, la naturaleza, el objeto, la estabilización, etc.), de modo que junto a la afirmación de la preeminencia del primero subsiste larvadamente la idea de una doble naturaleza u ontología, que es lo que les ocurre a autores como Castells o Balandier. Las

implosiones han empujado el paso de las nociones de flujo y red a las de fluidificación y articulación, dejando que éstas subsuman y redefinan tanto a aquéllas como a sus opuestas (estabilización y (en) línea).

4.3. *Transiciones conceptuales: de flujos y redes a fluidez y articulación*

Podemos volver a partir de ese segundo momento en el que, al calor de las transformaciones económico-sociales-tecnológicas, el arranque de lo que terminarían siendo implosiones hizo que algunos autores (Castells, 1997: 504-7) afirmaran que los elementos básicos de la realidad social eran la configuración en forma de red de los procesos y funciones sociales y la fluidificación de los principales factores o elementos sociales. Si la red es la forma dominante, la estructura abierta y múltiple que conecta y da forma a lo social; los flujos se convierten en su materialidad y en las fuentes principales de poder y agencia. Por ello las versiones más formalistas o estructuralistas acentuarán la presencia de redes y las más materialistas o substancialistas se centrarán en los flujos de información y de todo lo material que hay en la actividad humana. Sin embargo, entiendo que el modo en que se han usado ambos conceptos no ha permitido percibir en toda su radicalidad la transformación acaecida, porque en el fondo se ha seguido reteniendo el dualismo ontológico moderno.

La misma definición de flujo que da Castells (1997: 445) es una prueba de esta situación intermedia o de tránsito. Para él los flujos son secuencias determinadas, repetitivas y programables de intercambio e interacción entre las posiciones distantes que mantienen los actores en las estructuras sociales. Es decir, los flujos vendrían a ser simplemente el hecho de la intensidad y continuidad de los intercambios, con lo que se retiene la sólida estabilidad de los agentes, de sus posiciones y de las estructuras en que se en-

²¹ El propio Latour es un ejemplo de las dificultades existentes en la administración de la implosión de la dicotomía sujeto-objeto. Compárese por ejemplo sus diferentes tesis en *Nunca hemos sido modernos* (1993) y en *La esperanza de Pandora* (2001).

cuentran²⁴. Frente a ello o, mejor, como continuidad y profundización de ello tenemos el hecho, que el mismo Castells señala (1997:507-2), de que los poderes fundamentales son los de los flujos y que el principal motor de circulación y acumulación de poderes es la información, especialmente la información que modifica información. En consecuencia, lo que paulatinamente se extiende es la dinámica de generar una forma (informar), que modifica la forma anteriormente dada. Y eso no es sino generalizar la inestabilidad formal. Lo que, unido a la experiencia de la creciente dificultad para mantener la forma (institucional o posicional) ante la aparición de la mínima presión exterior, nos lleva a hablar, más que de flujos de intercambio, de la fluidificación de las instancias y materialidades sociales básicas, ya que éstas, como los fluidos, tienen una forma inestable y cambiante. Pues qué ocurre cuando, como vimos, la misma estructuración del espacio-tiempo social y las identidades emergen como realidades fluidas. Y qué decir de que los supuestos agentes del intercambio queden constituidos como tales por su inestable acceso a una determinada posición, en sí misma fluctuante²⁵.

La fluidez social es una fluidez articuladora que cristaliza en redes, agentes, instituciones, etc., pues ese fluir no sólo se estabiliza y condensa en los diferentes elementos de la realidad social, también conforma el marco y el campo social que los contiene y ellos reproducen. En palabras de E. Casado (2002:250), «Los contornos se solapan, lo que fluye cala, empapa; sigue corrientes que se desplazan, sortea solidificaciones a las que nuevamente erosiona». Admitir que la ontología social es

fluida y que esa fluidez afecta a todas sus manifestaciones, ya sean los etéreos y subjetivos mundos de conciencia ya sean las fuertes determinaciones materiales o de clase, nos lleva a negar la distinción lógica u ontológica entre cuerpos y mentes, lugares y flujos, estructuras y acciones. No es que no haya diferencias, es que éstas no son ontológicas y, además, no hay separaciones. La ontología de la fluidez es una ontología relacional, no sustancial, pero no es una relacionalidad formal, sino material e histórica.

Para aclarar esta importante apuesta conviene volver al concepto de red. Tal y como éste ha sido usado por Castells (97: 506-7) o por los teóricos del análisis de redes (Wellman, 2000) viene a referirse a una estructura relacional, múltiple y más o menos abierta, que se constituye por la intersección de puntos de pasos o nodos y que se caracteriza por la conectividad y densidad de éstos. La implicación ontológica de este modelo varía mucho según se vea como un mero recurso analítico de las instancias estructurales sociales o se le presente como la especificación de la morfología prevaleciente en la realidad social. En este caso, que es el que nos interesa, las estructuras reticulares organizarían las posiciones de todo tipo, colectivas, institucionales, individuales, etc., asignando, por tanto, capacidades y conexiones, incluso a lo que excluye. De este modo las redes acentúan el carácter relacional de la ontología social: lo que se es se es en virtud de las relaciones en las que se está. El problema es que ello tiende a oscurecer la naturaleza inestable y fluida que nos ha revelado lo social y, así, refuerza injustificadamente las ontologías formalistas²⁶.

Para evitar este problema, de tan vieja rai-gambre estructuralista (recordemos el uso in-

²⁴ Por no hablar de la circularidad constitutiva, pero no justificada ni teorizada, que Castells introduce entre redes (estructuras reticulares, conexiones reticulares de las posiciones, etc., que fundan el flujo de intercambios) y flujos (las redes son la morfología producida por la movilidad de los flujos).

²⁵ Aquí la circularidad se teoriza y justifica merced a los cambios conceptuales introducidos: la fluidez caracteriza a la articulación, que nunca deja del todo de ser una interacción agonística.

²⁶ El reciente intento de análisis reticular de la teoría sociológica realizado por F. Requena (2000) es un claro ejemplo de cómo el análisis de redes tiende a minimizar las transformaciones temporales, esto es, la dimensión temporal de la fluidificación. Requena relaciona las distintas teorías sociológicas (con el + y el - de la influencia y de la carencia) y, sin tener en cuenta las transformaciones históricas en las que se inscriben y que las afectan, pretende haber mostrado los orígenes directos y los indirectos de las teorías (2000:143). De nada sirve reconocer que las diferencias introducidas son arbitrarias (*ibid.*). El caso es que produce una desmaterialización, en este caso deshistorización de las teorías, que termina siendo soporte injustificado del supuesto constructivista de las ontologías sistémico-formalistas.

discriminado y vacío de las oposiciones semióticas como rejilla analítica en distintas ciencias sociales), conviene tener en cuenta que la propia morfología reticular es producto de la movilidad, circulación y concentración de flujos (los nodos son puntos de paso y cruce de los flujos) y, por lo tanto, podemos pensar que éstos constituyen la última referencia ontológica. Lo que, unido a lo dicho sobre el paso de flujos a fluidez, nos lleva precisamente a reclamar una ontología relacional, pero fluida y material, y atenta a la contingencia, a los movimientos de despliegue y repliegue y a la intercambiabilidad en las posiciones de agencia (construcción) y objeto (objetivación).

Frente a la noción estructuralista de red, que la aleja de la agencia, la cosifica y termina casi por necrosarla, encontramos el concepto de red que ha ido elaborando la teoría del actor-red (la ANT, en su acrónimo inglés). En él la red se desplaza, y en sus desplazamientos de forma y modifica las formas sociales, incluida la información. Dicho de otra manera: frente a una noción básicamente formal y mediacional que liga y, como mucho, ordena entidades autónomas ya establecidas, la idea de red que la ANT postula es más bien material y constitutiva de las entidades o manifestaciones que en ella están relacionadas. La propia red se despliega y se ve desplazada a tenor de cómo las identidades, posiciones, agencias, espacio-tiempos, etc. que la constituyen en su fluida ligazón se perfilan y (de)forman. Todo es condición y producto de la corriente general, incluidos sus cauces y sus lechos. Precisamente para apoyar esta concepción fluida de las organizaciones e instituciones reticulares es para lo que la ANT ha desarrollado conceptos como los de «punto de paso obligado» (Latour, 1994), menos formal y estático que el de nodo y más explícito respecto a las luchas por establecerlos, e «inscriptor» (Latour y Hermant, 1999), que, como los diagramas o las formulaciones, funciona como una tecnología disciplinante y performativa que perfila y estabiliza los objetos al institucionalizar su representación simbólica y política²⁷.

Lo que estoy intentando hacer es estirar el concepto de red, siguiendo algunas propuestas de la ANT, para acercarlo a la noción más activa, política y material de «articulación». Sin embargo, para lograrlo, hay que tener en cuenta tanto los avances como las limitaciones de esta teoría. De hecho, la ANT parece un paso más en esta implosión y transformación profunda de las dicotomías hegemónicas en la modernidad que estamos siguiendo. Podemos concentrar los avances que nos proporciona en el hecho de que, al unir el concepto de red (continuador de las visiones estructuralistas y las sistémicas) y el de acción (núcleo de las visiones individualistas y comprensivas), la teoría del actor-red es a la vez (i) la modificación de los dos términos que conecta y, consecuentemente, (ii) el cuestionamiento de las oposiciones y ontologías modernas correspondientes.

(i) Con la contundencia de los fundadores de esta teoría, Callon lo dice bien claro (1998:156): «Un actor-red es, simultáneamente, un actor cuya actividad consiste en entrelazar elementos heterogéneos y una red que es capaz de redefinir y transformar aquello de lo que está hecha». El resultado concreto e inmediato es la modificación de los conceptos de red y actor. El primero deviene referido a una entidad material y constitutiva, mientras el segundo habla más bien de lo que Greimas llamaba un «actante», esto es, del hecho de que en una narración o en la trama-red el papel activo no sólo lo tienen los individuos, también lo adquieren los contextos y los objetos, que tienen incidencia en el desarrollo de la historia, en el pasar de las cosas que pasan, como vimos con «el sillón del abuelo» o «el escalón de mi casa». «Los actantes», dice Casado (2002:114), entran en redes de alianzas, oposiciones y conflictos, en redes complejas que marcan nuestras sociedades tecnocientíficas, y lo hacen (...) como componendas creativas, saturadas pero difícilmente saturables, cuyas identidades son las estabilizaciones precarias de la praxis, contingentes pero duraderas, ficticias pero profundamente materiales, y siempre inmersas en procesos de

²⁷ ¿Quién puede hablar de y por los microbios, sino los microbiólogos que definen sus inscriptores?, aparte de los propios microbios, diremos más tarde, ya instalados en una ontología polimorfa, híbrida y relacional como es la de la fluidez social.

representación ontológica y política de los que emergen y a los que animan». A ello hay que añadir que el resultado general de esta visión del actor-red es que el acontecer social consiste en el entrelazamiento, redefinición y transformación de lo heterogéneo. Es decir, hay que añadir que nos reafirma en la visión y en la ontología relacional y de la fluidez.

(ii) Sobre ello reincide el que la ANT vaya un poco más allá de los intentos de superar la oposición estructura-acción (protagonizados por las teorías de la estructuración de Giddens y Bourdieu), pues al rebasarlos muestra que, además de en una transición teórica, estamos en una transición ontológica, que desborda los planteamientos formalistas para absorber el materialismo de los sustancialistas. El uso del oximoron actor-red, además de ayudar a mostrar las insuficiencias de los planteamientos sistémicos y las limitaciones de los individualistas, implica rebasar la ontología formalista (manteniendo la mirada relacional), abandonar las tentaciones de una ontología sustancialista (pero absorbiendo su materialismo) y apostar, en consecuencia, por una ontología radicalmente relacional y material, en la que las formas y las formaciones son inestables y fluidas y el criterio de realidad se convierte en algo relacional²⁸. Todo el improbable esfuerzo que los defensores de esta teoría hacen para mostrar la enorme cantidad de conexiones contingentes y conflictivas requeridas para forjar y naturalizar lo que aparenta ser un sistema estable, además de desbaratar los binarismos modernos (como el que separa arbitrariamente el sistema del entorno) y de enseñarnos las promiscuas mezclas subyacentes, desmonta la visión (ontológica) de un mundo de sistemas o redes previamente establecidos y hace patente la materialidad y contingencia de las regularidades, de las estabilizaciones y de las formas reticulares sociales.

Al considerar las limitaciones de la ANT me centro en las que puedan impedirnos lograr nuestros objetivos fundamentales. Así, desde uno de ellos, el de hacer visibles e impulsar los procesos de resistencia, se nos hace claro que muchas de las investigaciones modélicas de la ANT²⁹ empiezan por colocarse ellas mismas fuera del entramado relacional, en un espacio no justificado —lo que reintroduciría un cierto dualismo, aunque sólo fuera epistemológico— y terminan por cosificar el *statu quo*. Tras el esfuerzo que supone mostrar las luchas y estructuras de dominación que subyacen y sostienen a los distintos actores-red, a las diferentes agencias sociales estabilizadas, la ANT no habilita su contestación. Dicho con la expresiva fórmula de Lee y Brown (1998: 240): «La teoría del actor-red nos proporciona un génesis monstruoso sin ofrecernos un éxodo».

Al circunscribirse la ANT al estudio del establecimiento de conexiones, rieles, rotaciones, etc., no consigue apreciar y ejercer la resistencia y la crítica. Admite la contingencia de lo acontecido y revela las estructuras de dominación subyacentes, pero es incapaz de apreciar cómo su propuesta nos conduce a proseguir en las transformaciones teóricas que ella misma ha emprendido y que, con suerte, nos ayudarán a ejercer la crítica. Me refiero, por ejemplo a cómo el mismo Law, otro de los progenitores del invento, ha ido haciendo cada vez más hincapié en el carácter fluido de redes, agentes y subjetividades y cómo ello le permite centrar la vista no sólo en los pasos obligados sino también en los intersticios y espacios indefinidos o híbridos, que surgen como lugares de resistencia (Moll y Law, 1994). Sin embargo, el concepto que más nos ayuda a avanzar en este sentido y a consolidar la ontología de la fluidez es el de «articulación»³⁰.

El concepto de articulación a que me refiero empezó siendo un medio para reconocer la contingencia de nuestras conexiones so-

²⁸ La realidad de una declaración se establece de forma precisa, dice Latour (1998: 138) al mostrar las relaciones entre los puntos de vista sostenidos por actores movilizados y por los movilizados.

²⁹ Recuérdese la conocida investigación de M. Callon sobre la red que forman las vieiras, los pescadores, los biólogos, etc. (Callon, 1994).

³⁰ Por supuesto la noción de articulación lleva rondando mucho tiempo en las perspectivas de inspiración estructuralista y marxista, así ocurre con el planteamiento del mismo M. Castells (1994:28), pero yo me refiero a este concepto tal y como se gestó en los estudios culturales de inspiración marxista y voluntad postcolonial (S. Hall, 1991) y, sobre todo, tal como ha sido desarrollado por Haraway (1999).

ciales, identitarias, etc., y situarnos en una pluralidad conflictiva y responsable de actores (y actantes). Como en el concepto de red, se resalta la conectividad, la relacionalidad y la existencia de múltiples y variables puntos centrales o nodales, pero en este caso se resalta también la heterogeneidad de la agencia, la jerarquización y conflictividad de cualquier estabilización de redes o puntos de paso obligados y el carácter construido de todas las fronteras, incluso aquellas que constituyen a la articulación o a nosotros mismos. Ver la fluidificación social articulada y no endurecida en forma de red abre una puerta a la contestación, pero además la articulación, según Haraway (1999), nos sitúa en una lógica cognitiva que no es la del descubrimiento o representación (de lo otro, del objeto, etc.) sino que es la lógica de la interacción e interpenetración material y constitutiva: la lógica de la articulación profundiza en la conjunta y conflictiva configuración semiótico-material de todas las realidades sociales (agentes, instituciones, discursos, objetos, etc.). De este modo el paso de la noción de red a la de articulación, además de rematar la transición conceptual hacia la ontología de la fluidez —entendida como una ontología radicalmente relacional y material— nos reafirma en el tercer momento u ontología (relacional y material) de la fluidez social y nos pone en la senda del desbordamiento de los constructivismos.

5. El desbordamiento de los constructivismos

Es cierto, y además positivo, que hay importantes antecedentes de una visión relacional y material de lo social. Entre ellos me atrevo a recordar dos. El primero el de un historiador marxista tan reputado como E.P. Thompson, que en su principal trabajo (1963:9-10) ya nos advierte de que la clase social no es una cosa o una entidad sino una relación: «la clase aparece cuando algunas personas (...) sienten y articulan la identidad de sus intereses como estando entre ellos y como en contra de otras personas, cuyos intereses

son diferentes de (y normalmente opuestos a) los suyos». La necesaria radicalización y extensión a otros ámbitos sociales de esta visión relacional la podemos encontrar en el segundo antecedente. P. Bourdieu hace (1997:7-26) de lo que él llama una «filosofía relacional de la ciencia» la pieza clave para oponerse a la ontología substancialista de los individualismos, para superar la dicotomía entre estructura y acción y para postular la naturaleza relacional de lo social. Sin embargo, en su propuesta hay un exceso de racionalismo y una peligrosa continuidad con el formalismo estructuralista que, al reintroducir un posible dualismo, la lastra seriamente.

Por ello, al proponer una OFS, estoy asumiendo la visión relacional y materialista que anidaba en algunas propuestas de raigambre marxiana, pero en el sentido en que quedan radicalizadas y profundamente modificadas por las transiciones conceptuales que acabo de recordar. En concreto y de forma muy especial, por su modificación a manos del materialismo relacional y performativo de la ANT (Law, 1999: 4), que es, a su vez, desarrollado y corregido por un feminismo postmoderno que, sin caer en los antiesencialismos postmodernistas y sin dejar de incorporar un cierto goce por las transformaciones, avala una visión conflictivista y genealógica de las inestables, pero no por ello frágiles, conexiones parciales que constituyen lo social³¹.

Lo relevante aquí es que la propuesta de una OFS acarrea, de este modo, el desbordamiento de algunos supuestos que alimentaban los constructivismos. Del mismo modo que éstos pueden verse como extrapolación postkubniana o postestructuralista del criticismo kantiano y, por lo tanto, continuador de las coordenadas básicas en que éste se asienta, no parece exagerado decir que bajo la propuesta del constructivismo subyace la dicotomía ontológica cartesiana, de modo que la conciencia, o el lenguaje o la acción social, se puede convertir en definidor y constructor de lo otro. Y precisamente lo que la OFS viene a avatar es el desbordamiento de la oposición entre el sujeto (activo, constructor) y el objeto (pasivo, construido) y de su expresión en di-

³¹ La crudeza de esta declaración ha sido obligada por la mirada acerada, pero amistosa, de Ángel Gordo.

cotomías como las que se dan entre lo material (duro) y lo simbólico (etéreo) o entre la exterioridad (objetiva y sólida) y la interioridad (subjética y volátil).

Por ejemplo, desde el momento en que aceptamos y desarrollamos el concepto de inscriptor para referirnos a lo que permite el establecimiento de la relación entre dos lugares, que es lo que constituye la información (o significación), estamos mostrando el carácter material, pero fluido, de ésta. Ahora entendemos que la información y, con ella, la significación y la representación, son relaciones prácticas, materiales y de dominación entre dos lugares, que se instituyen mediante operaciones de selección, extracción, reducción y ampliación (Latour y Hermant, 1999:162-6). De esta forma la circulación de los textos por las relaciones prácticas y la mella que hacen en la realidad desbarata la tesis (realista) del dominio silente de los objetos, pero la constitución material de la significación desmonta, a su vez, el imperio (constructivista) de los discursos, que no tiene en cuenta la intervención del otro polo de la relación. Los desplazamientos, traducciones, manipulaciones, transformaciones, negociaciones, etc., que hacen posible la inscripción y, con ella, estabilizan la representación simbólica y política, afectan tanto a un polo como al otro de la relación. Ambos son parte y resultado de ella.

En esta misma línea de socavamiento de los supuestos constructivistas, y seguramente de modo más profundo, inciden importantes contenidos de esta ontología como son las siguientes afirmaciones: que la constitución fluida no es una constitución ligera o suave, sino que puede ser devastadora, constante, fuerte, condensada, etc.; que la inestabilidad de las formas, propia de los fluidos, no excluye que se generen formaciones o líneas de paso suficientemente consolidadas; que el común estado de fluidez hace que más que de sujetos (constructores) haya que hablar de posiciones-sujeto y más que de objetos (construidos) de cuasi-objetos, que intervienen astutamente en la interrelación y mutua constitución.

Por otro lado, es cierto que la OFS contraviene los esencialismos de las ontologías dominantes --sean formalistas o sustancialistas-- al cualificar la ontología social no por lo que es (fluido) sino por cómo está, por su estado (fluidez), y comprometerse con una visión histórica y política de la ontología social. Y en este sentido confluye con algunas de las tesis centrales del constructivismo. Pero ello no nos conduce al antiesencialismo radical de éste, ya que para la OFS es importante la constatación de procesos, nunca cerrados del todo, de esencialización o naturalización: la lucha por impulsarlos y controlarlos constituye alguno de los principales conflictos políticos actuales. A ello hay que unir la dependencia que cualquier formación discursiva o social tiene respecto de hechos naturales muy generales, aquellos que precisamente por su generalidad no llaman nuestra atención (Wittgenstein, 1988: Parte II: xii).

La OFS surge y forma parte de la disolución de las fronteras entre lo material y lo simbólico, entre lo orgánico y lo informacional, entre el entorno natural, el social y el cibernético, etc., pero no para que un polo construya, devore o determine al otro, sino para marcar su interdependencia e inestabilidad³². Así, el desarrollo de la cuestión del papel activo del objeto, ligado a una ontología social no dualista que habla de lo semiótico-material, no nos lleva ni a apoyar ni a desechar el constructivismo o el realismo, sino a subrayar el desbordamiento de los supuestos básicos que alimentaban su (o)posición y a abogar, en todo caso y siguiendo a S. Harding (1998:4), por un co-constructivismo. Si podemos hablar de un constructivismo es porque las realidades siempre están *in fieri* y nosotros somos agentes constituidamente constituyentes. Pero ello no se opone a un cierto realismo en el que la cosa, el objeto o lo otro son también agentes constitutivos, incluso de nosotros mismos. Hay una co-construcción y una co-evolución conjunta e interdependiente de las formas y figuras que, en un momento, más o menos largo, y en medio de la fluidez general y común, aparecen estabilizadas o naturalizadas.

³² Aquí se ve parte de las razones que me llevan a inclinarme por la «promiscua fluidez» como idea regulativa de la OFS.

6. Referencias bibliográficas

- ANDERSON, P. (1998): *The Origins of Postmodernity*. Londres, Verso.
- ARDELL, J. y HEQUIMBOURG, A.: «Modificaciones parciales: discursos de resistencia de gays y lesbianas en Estados Unidos». *Política y Sociedad*, n.º 30, pp. 61-72.
- BALANDIER, G. (1994): *El desorden*. Barcelona, Gedisa.
- BECK, U. (1998): *Sociedad del riesgo*. Barcelona, Paidós.
- BERMAN, M. (1988): *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Madrid, Siglo XXI.
- BILBAO, A. (1993): *Obreros y ciudadanos*. Valladolid, Trotta.
- BOURDIEU, P. (1991): *La ontología política de Martin Heidegger*. Barcelona, Paidós.
- (1997): *Razones prácticas*. Barcelona, Anagrama.
- BAUMAN, Z. (2000): *Liquid Modernity*. Cambridge, Polity Press.
- CALVO, M. (1994): «Algunos elementos para una sociología de la traducción: la domesticación de la vicieras y los pescadores de la Bahía de Saint Brice», en J. M. Iranzo et. al (eds.), *Sociología de la ciencia y de la tecnología*. Madrid, CSIC.
- (1998): «El proceso de construcción de la sociedad», en M. Doménech y F.J. Tirado (eds.), *Sociología simétrica*. Barcelona, Gedisa.
- CASADO, A. (2002): *La construcción socio-cognitiva de las identidades de género de las mujeres españolas (1975-1995)*. Tesis Doctoral. Universidad Complutense de Madrid.
- CASTEL, R. (1997): *La metamorfosis de la cuestión social*. Barcelona, Paidós.
- CASTELLS, M. (1994): «Flujos, redes e identidades: una teoría crítica de la sociedad informacional», en AA.VV., *Nuevas perspectivas críticas en educación*. Barcelona, Paidós.
- (1997): *La era de la Información, vol. I: La sociedad red*. Madrid, Alianza.
- (1998): *La era de la Información, vol. II: El poder de la identidad*. Madrid, Alianza.
- (2001): *La era de la Información, vol. III: Fin de milenio*. Madrid, Alianza (Tercera edición).
- CUBELLO, J. C. (2001): *La sensación de fluidez. Desarrollo del liderazgo en todos los sentidos*. Madrid, Prentice Hall.
- GARCÍA SELGAS, F.J. (1999): «El cyborg como reconstrucción del agente social», en *Política y Sociedad*, n.º 30, pp. 165-91.
- (2002a): «De la sociedad de la información a la fluidez social: Emergencia de una nueva ontopolítica», en J.M. García Blanco y P. Navarro (eds.), *¿Más allá de la Modernidad? Las dimensiones de la información, la comunicación y sus nuevas tecnologías*. Madrid, CIS.
- (2002b): «Preámbulo para una ontología política de la fluidez social», en *Athenea Digital*, n.º 1, www.blues.uab.es/athenea.
- ROMERO BACHILLER, G. y GARCÍA GARCÍA, A. (2002): «Sujetos e Identidades en la Globalización», M. Barañano (ed.), *La globalización económica. Incidencia en las relaciones sociales y económicas*. Donostia, Centro de Documentación Judicial.
- GIDDENS, A. (1991): *Modernity and Self-Identity*. Cambridge, Polity Press.
- GIL CALVO, E. (2001): *Nacidos para cambiar*. Madrid, Taurus.
- GRAY, C. H. (ed.). (1995): *The Cyborg Handbook*. Londres, Routledge.
- HACKING, I. (2001): *¿La construcción social de qué?*. Barcelona, Paidós.
- HALL, S. (1991): «Cultural Studies and its Theoretical Legacies», en L. Grossberg, C. Nelson y P. Treichler (eds.), *Cultural Studies*. Londres, Routledge.
- HARAWAY, D. (1995): *Ciencia, cyborgs y mujeres*. Madrid, Cátedra.
- (1999): «Las Promesas de los monstruos», en *Política y Sociedad*, n.º 30, pp. 121-63.
- HARDING, S. (1998): *Is Science Multicultural?*. Indianapolis, Indiana University Press.
- HARVLY, D. (1990): *The Condition of Postmodernity*. Oxford, Basil Blackwell.
- JAMESON, F. (1996): *Teoría de la Postmodernidad*. Madrid, Trotta.
- LATOUR, B. (1993): *Nunca hemos sido modernos*. Madrid, Debate.
- (1994): «Dadme un laboratorio y moveré el mundo», en J.M. Iranzo et. al. (eds.), *Sociología de la ciencia y de la tecnología*. Madrid, CSIC.
- (1998): «La tecnología es la sociedad hecha para que dure», en M. Doménech y F.J. Tirado (eds.), *Sociología simétrica*. Barcelona, Gedisa.

- (2001): *La esperanza de Pandora*. Barcelona, Gedisa.
- y E. Hermant (1999): «Esas redes que la razón ignora: laboratorios, bibliotecas, colecciones», en F. García Selgas y J. Monleón (eds.), *Retos de la Postmodernidad*. Madrid, Trotta.
- LAW, J. (1999): «After ANT: complexity, naming and topology», en J. Law & J. Hassard (eds.), *Actor Network Theory and After*, Oxford, Basil Blackwell.
- LEE, N. y BROWN, S. (1998): «La alteridad y el actor-red. El continente no descubierto», en M. Doménech y F.J. Tirado (eds.), *Sociología simétrica*. Barcelona, Gedisa.
- MOL, A. y LAW, J. (1994): «Regions, Networks, and fluids: Anaemia and social topology», *Social Studies in Science*, n.º 24: 641-671.
- REQUENA, F. (2000): «Hacia una perspectiva reticular de la teoría sociológica», *Papers*, n.º 62, pp. 45-76.
- ROBERTSON, R. (1995): «Glocalization: Time-Space and Homogeneity-Heterogeneity», en M. Featherstone, S. Lash y R. Robertson (eds.) *Global Modernities*. Londres, Sage.
- THOMPSON, E. P. (1963): *The Making of the English Working Class*. Londres, Victor Gollancz.
- WELLMAN, B. (2000): «El análisis estructural: del método y la metáfora a la teoría y la sustancia», en *Política y Sociedad*, n.º 33.
- WITTGENSTEIN, L. (1988): *Investigaciones Filosóficas*. Barcelona, Crítica.
- (1997): *Ocasiones filosóficas 1912-1951*. Madrid, Cátedra.